

El Mercurio

de América

Alberto del Solar.....	EL FARO.
Leopoldo' Diaz.....	SONETS.
Clemente Palma.....	EL PRINCIPE ALACRÁN.
Coysoéchea Menéndez..	ANACREONTE.
Guillerino Gambarotta..	PLURALIDAD AFECTIVA SEXUAL.
Américo Llanos.....	LA JUVENTUD, LA HISTORIA Y LA MUERTE.
M. Eugenia Vaz Ferreyra	FLOR DE SEPULCROS.
P. García Cisneros.....	UNA ENTREVISTA CON EDUARDO ROD.
Octavio Espinosa.....	MACBETH.

Notas del mes.

Eugenio Diaz Romero...	LAS REVISTAS.
Luis Berisso.....	LETRAS AMERICANAS.
Antonio Monteavaro.....	LETRAS FRANCESAS.
José Ingegneros.....	LETRAS ITALIANAS.
Ricardo Jaimes Freyre..	LETRAS BRASILERAS.
Merevrio.....	ECOS.
Merevrio.....	PUBLICACIONES RECIENTES.

SUMARIO

MARZO Y ABRIL 1899

Leopoldo Lugones.....	DE «LOS CREPÚSCULOS DEL JARDIN»
Victor Pérez Petit.....	EUGENIO DE CASTRO.
Eduardo de Ezcurra....	ALBA-DOLENS.
Eugenio Díaz Romero..	PROCLAMACIÓN.
Enrique Prins.....	EL TEMPERAMENTO.
Antonio Monteavaro....	SUEÑO CONTRA SUEÑO.
Victor Arreguine.....	LA PRESENCIA EN POLÍTICA.
Conde de Villiers de l'Isle-Adam.....	SENTIMENTALISMO.

NOTAS DEL MES

Luis Berisso.....	LETRAS AMERICANAS.
José Ingegneros.	LETRAS ITALIANAS

PRINCIPALES COLABORADORES

Ambrosetti Juan B, Ambrogi Arturo, Arreguine Víctor, Baires Carlos, Berisso Luis, Becú Carlos Alfredo, Cárcova Ernesto de la, Cárcano Ramon J. Dario Ruben, Del Solar Alberto, Diaz Leopoldo, Díaz Julio V., Escalada Miguel, Della Valle Angel, Estrada Angel (hijo), Ezcurra Eduardo, Fernández Macedonio, Guido y Spano Carlos, Ghiraldo Alberto, Gambarotta Guillermo, Herrera Dario, Ingegneros José, Jaimes Julio L., Jaimes Freire Ricardo, Kaplan Michel, Lemoine Joaquin, Lugones Leopoldo, Llanos Américo, Mérrou Martín García, Malagarriga Carlos, Maya Gerardo, Montero Belisario J., Martinez Alberto B., Monteavaro Antonio, Menendez Goycochea, Nirenstein Mauricio, Obligado Rafael, Ortiz Carlos, Pardo José, Palacios Pedro B., Pagano José, Pérez Petit Victor, Payro Roberto J., Prins Enrique, Palma Clemente, Pérez Triana Santiago, Quesada Ernesto, Ramos Mejía José M., Ripamonti Carlos, Rodó José Enrique, Sicardi Francisco, Schiaffino Eduardo, Sivioli Eduardo, Soussens Charles, Teran Juan B., Vega B. Carlos, Veyga F. de, Wilde Eduardo, Williams Alberto, Zuberbühler Carlos

EL FARO (1)

Al Contra Almirante Daniel de Solier

Al través de la diáfana niebla, y en medio de densos nubarrones que se desgarraban á trechos para dejar entrever el fondo de un cielo plumizo y triste, brillaban aún, no ofuscados del todo por la luz ténue del despertar de la mañana, los cuatro puntos luminosos que forman la *Cruz del Sur*.

Amanecía. El inmenso y árido Islote, último limite del Continente Americano en su extremidad austral más remota—masa informe de piedra abrupta amputada por el mar del cuerpo del gigante como la cola de un cetáceo bajo el hacha monstruosa de algún Ciclope destructor—hallábase envuelto en los vapores de su atmósfera húmeda y sutil.

Grandioso era, no obstante, el espectáculo que se contemplaba desde lo alto del promontorio en cuya cima se alza el viejo faro de *San Juan*. Al frente, hacia el Norte, el mar, el mar abierto y libre, el Antártico bravío cuyas olas ruedan, se enroscan y tienden sin cesar bajo el soplo de los vientos del Sud, que azotan y salpican la espuma de sus crestas. . .

A un lado, al Este, la cadena de montañas del Morro, enorme muro de piedra, profundamente accidentado, herizado de picos cubiertos de resplandeciente blancura.

(1) Capítulo inicial de una novela en preparación.

Al Poniente el bloque empinado y enhiesto del *Cape Fourneaux*, cuya colosal silueta se dibuja en el espacio, como negro y velado fantasma. Las olas revientan con fragor á sus piés. ¡Agua y rocas! agua sobre todo. Aquel es su reino terrible y sombrío, imágen perpétua del movimiento y de la lucha...

El choque de la masa líquida contra el coloso de granito semeja un duelo entre *Jotuns* escandinavos. El triunfo es del granito. La onda airada y rugiente lo embiste, pero se achata sobre él y revienta en espuma, sin lograr siquiera conmover á su rival. Sin embargo, al huir el agua, vencida y deshecha, deja entrever en su desordenada fuga que su brío y empuje no han sido del todo estériles: grietas, hondas como heridas, horadan la superficie y estarían el pecho de la roca. Poco á poco, al través de los siglos, hanse formado así en ella grutas profundas, cuevas tenebrosas, donde se guarecen á la sazón centenares de lobos y leones de mar, cuyos ronc rugidos y gritos salvages se mezclan al mugir de las aguas, al silvar del viento y al graznido de millares de pingüines, gaviotas y «pájaros reyes».

A la espalda del expectador, por fin, la ría, estrecha y larga como un *fjord* noruego, cuya playa distante se divisa blanquear á intervalos hácia el fondo, cuando las rompientes que la bordan se abaten sobre el lecho de arena, conchillas y pedregullos. Los picos de todas esas montañas permanecen eternamente cubiertos de nieve, y sus faldas tapizadas de follage siempre oscuro y sombrío; las olas de esos mares no ven jamás deshechas del todo sus crestas espumosas; y el cielo y horizonte que envuelven aquellos parages en su manto gris y húmedo no se despeja sinó de tarde en tarde de los negros nubarrones presagiadores de borrasca sempiterna, lo que ha dado lugar á que la región donde tales fenómenos se producen haya sido bautizada por los marinos

con el nombre peculiar, apropiado y conceptuoso de «el Condensador de la América del Sur».

*
*
*

Los cuatro únicos habitantes de aquel sitio de desolación y de abandono —tres hombres y una mujer—dormían aún. El sol, cuando es dado verle transmontar lentamente las nevadas crestas que amurallan el golfo de San Juan, aparece muy tarde para los infelices guardianes del faro, obligados á velar por turnos durante las largas horas de una noche fría, húmeda é inacabable; aislados allí en absoluto del resto de la humanidad, ajenos á todas las ventajas de la civilización, como si segregados para siempre del organismo social, por causa de algún delito monstruoso, hubiéraseles condenado al más terrible de los destierros...

Con todo: dos años de relativa felicidad habían transcurrido para la gente del faro, aclimatada ya por completo en aquel promontorio perdido en medio de la inmensidad oceánica.

La única mujer de la pequeña colonia—María Assunta hija de Ricardo, el guarda primero—cuidaba de la casa y de cuanto dentro de ella había; cocinaba, lavaba la ropa, tegía ó remendaba las redes; reparaba las velas del barco ballenero en que los hombres—Ricardo, Bautista y Pedro—salían mar afuera cuando lo permitía el tiempo. Los tres se encargaban del faro, cuya luz encendían al caer de la noche en el fanal de la vieja y desvencijada torre que, por la época en que comienza esta historia, le servía de sostén.

Por sí sola la familia del guarda Ricardo formaba la casi totalidad del reducido grupo isleño. El único que no pertenecía á ella —el marinero Bautista—desempeñaba el puesto de mayor responsabilidad—después del de su jefe. Más antiguo, sin embargo, en la isla que el mismo

Ricardo, conocía, como ninguno, por haberlos recorrido cien veces, sus parages remotos. No existía, en efecto, rincón de río ó cumbre de montaña que no hubiera explorado y no le fuese familiar; desde las playas arenosas de puerto Cook, hasta las terribles corrientes y remolinos del Cabo San Bartolomé; desde las alturas nevadas del monte Yitton y sus faldas tapizadas de *fagus antárticus*, hasta las desoladas costas de las islas Dampier, con sus tétricas guaridas de lobos, sus enormes macizos de piedra, en forma de conos gigantes que emergen subitamente del seno de las aguas, para elevarse de golpe á más de ochocientos piés de altura sobre el nivel del mar.

Era el carácter de Bautista tan duro, terco y sombrío, como suave, noble y bondadoso el de Ricardo. La actitud del uno revelaba á cada instante enfado y altanería: la del otro bondad y tolerancia. La voz de aquél era ahuecada, silvosa y desapasible: la de éste, bronca, timbrada y simpática en extremo. Reía Bautista pocas veces, -- amenudo suspiraba. Ricardo era alegre, accesible, dentro de su gravedad discreta y su rústica afabilidad.

Ancho, cuadrado de hombros, de estatura mediana, macizo el busto, la faz congestionada más que tostada por el sol y el viento, había algo de repulsivamente extraño en la mirada del «segundo» —mirada ora torva y empañada, ora dura y persistente— y en la expresion de sus lábios carnosos y sensuales, contraídos de pronto como por el impulso de sensaciones súbitas é irresistibles, que á veces parecían de desaliento y á veces de cólera reprimida, de ódio ó de ardor. La boca hallábase encubierta por un negro y poblado bigote, cuyos extremos, lácios y desiguales, colgaban hácia abajo, como los de un ébrio al salir de la orgía —todo lo cual daba á su figura cierto aspecto de vicioso desaliño y de maldad semi salvaje.

¿De dónde procedía? Lo ignoraba Ricardo. Nunca hablaba Bautista de su patria remota, y si alguna alusión

se le hacía sobre el punto, encontraba siempre medio de esquivar explicaciones. Vivía por lo general alejado-- en cuanto era ello posible, de la familia del guarda, á la cual parecía observar, sin embargo, á distancia y en silencio, como si en esa observación ocultase algún móvil, sinó inconfesable, por lo menos digno de ser disimulado. Su habitación hallábase separada de la vivienda de Ricardo.

Horas enteras, cuando el trabajo común no requería su presencia en la embarcación ó en las roquerías de lobos y pingüines, pasábaselas Bautista en su solitaria guarida, fumando, absorto en una especie de meditación ó entregado á algún trabajo particular.

Que Bautista no amaba á Ricardo, era verdad evidente. Tampoco parecía difícil deducir que no abrigaba simpatía alguna hácia Pedro, hijo adoptivo del último.

¿La causa? Como era natural que sucediese, el guarda primero la atribuyó á resentimiento ocasionado por la postergación de que el guarda segundo había sido víctima con motivo de su empleo en el faro. Recto, bondadoso é incapaz de rencor, no dió Ricardo mayor importancia al hecho. Así lo demostraba cada vez que se aludía al punto en las conversaciones familiares íntimas, por las noches, al rededor de la lumbre.

María Assunta solía discurrir sobre la necesidad de que su padre tomara precauciones: ello con porfiada insistencia, mezclada de cierta anhelosa ansiedad; todo lo cual era interpretado por el guarda como la simple demostración de un temor casi infantil por parte de su hija. Apesar de todo, la muchacha demostrábase afligida, como obsediada por alguna idea perturbadora.

Solía tener reticencias de lenguaje que revelaban un estado de espíritu inquieto y anormal. Veíasela no sólo insistir, sino hasta protestar irritada cada vez que el «viejo» reiteraba bondadosamente al «segundo» sus deseos

de verle frecuentar la tertulia casera en el apacible hogar de los suyos. . .

Por lo demás, alejábase María Assunta deliberadamente de la compañía del taciturno, huyendo de él cada vez que le veía aproximarse; sobre todo si en tales circunstancias se hallaba sola, ya fuese en la playa, en el faro ó en la faena.

Pedro, el hermano adoptivo de la joven, menos penetrante, se mostraba también menos insistente en esta materia. Sin embargo, observaba, á su vez con inquietud; no perdía pisada á Bautista, y éste, por su parte, parecía no distraer tampoco la atención del robusto y vigoroso muchacho, su rival en el remo, en el harpón, en el hacha y el cuchillo, con los cuales desollaban ambos á los lobos y leones más vigorosos cuando caían en su poder. Se evitaban, pues, y se perseguían á la vez; pero en silencio, sin cruzar jamás una sola palabra.

Pedro—*Petrin* como le llamaban—contaba á la sazón veinte años, y era un Hércules por la fuerza física á la par que un niño por el alma. . .

*
* *

Tres golpes—dados con vigor—resonaron en el tragaluz de la casucha habitada por el primer guarda y su familia.

Allá en lo más alto del promontorio, sobre un montón de rocas cubiertas de nieve, y á cien toezas de la torre del faro, veíasela destacarse fantásticamente entre la niebla y la semi obscuridad matinal, con sus paredes de madera á listones y su techumbre angulosa, semejante á esos barcos que invernan en las regiones polares, mientras un hacinamiento monstruoso de bloques de hielo los mantienen aprisionados en sus garras de cristal.

--Hola! respondió del interior una voz bronca y soñolienta.

—Las seis! replicó con sequedad el que golpeaba.

—¿Qué tiempo, Bautista?

—Ni bueno ni malo.

—¿Lluvia?...

—Llovizna, y alguna cerrazón.

El transparente del traga!uz se alzó tras del vidrio, arrugado por una mano vigorosa y velluda.

El hombre de afuera, que durante este corto diálogo había mantenido la frente apoyada contra el marco de la pequeña ventana, retrocedió, como por instinto. Pero un segundo impulso, deliberado y rápido, lo llevó á inclinarse sobre otro de los vidrios que tenía ya alzada su cortinilla, con el proposito ostensible de mirar furtivamente hacia el interior, movimiento que, más que de simple curiosidad, pareció de anheloso afan por descubrir lo que allí pudiera sorprenderse de improviso. . .

La cortinilla cayó, recogida presurosamente, y como en señal de protesta, por otra mano, menos tosca, más pequeña, más fina que la anterior; mano de muger y de muger joven, sin duda, á juzgar por la morbidez de la forma, entrevista apenas en el movimiento fugaz, casi instantáneo de la acción. Una argolla de oro liso, ceñida al dedo anular, había brillado un punto, rozado el cristal, y desaparecido inmediatamente. . .

—Niebla gruesa!—repitió desde adentro la voz varonil—Bien, así podremos sorprender mejor á los lobos. En dos segundos estaré listo, Bautista.

El de afuera volvió las espaldas, lanzó una bocanada de humo de su pipa ennegrecida, y, malhumorado y altanero se alejó hacia un barranco turboso, para tomar después el camino que conducía hacia la playa. Una interjección, mitad de cólera, mitad de angustia, exclamación que participaba á la vez del reniego y del suspiro, brotó de sus labios. . .

Ricardo apareció, por fin.

Pocos instantes después salía, también, Pedro de la habitación vecina donde pernoctaba.

Los dos hombres se dieron los buenos días y bajaron juntos hacia el embarcadero para reunirse con Bautista, que se encontraba ya allí, ocupado en preparar la ballenera en la cual debían atravesar el golfo, rumbo á la roquería de los lobos y pinguines, donde por ese tiempo se dirigían amenudo, pues la estación de pesca empezaba ya.

En un momento estuvo casi todo listo. Petrin, ágil y alerta, saltó primero á la barca; le siguió Bautista y luego Ricardo.

Sólida de construcción, ancha, maciza de casco, bien arrufada en los extremos, dotada de un sólo mástil que servía de sosten á una cangreja y una tricquetilla de excelente lona envergada con primor, la barca del guarda faro media tres toneladas de registro y era capaz de desafiar los mares más borrascosos, sobre todo si la caña del timón se hallaba aprisionada en la robusta mano de su dueño. Tenía inscripto en la popa con letras doradas el risueño nombre de *Aurora*, al cual había contribuído, sin duda, el color rosado y amarillo del casco, que Ricardo había elegido de preferencia al pintarla, como para formar contraste con el aspecto pálido de aquellos horizontes siempre grises, brumosos y sombríos.

Bautista, hosco y taimado el semblante, echaba una amarra á proa, mientras Petrin y Ricardo, en el timón el uno, cerca del cabrestante del ancla el otro, encendían sus pipas canturriando alegremente.

—Si se mantiene esta brisa y salimos pronto, llegaremos antes de tres horas—dijo Ricardo.

—O talvez en menos tiempo, contestó Petrin, forzando con delicia el tiraje del humo en las primeras bocanadas.

Y luego, dirigiéndose á Bautista, le preguntó:

—¿Cuántos odres llevamos?...

Bautista guardó silencio. Fingiendo no haber oído, siguió ocupado en su amarra.

—¡Compañero Bautista! volvió á llamar el mozo, levantando un tanto la voz, pero sin demostrar impaciencia.

—¡Ea! ¡no soy sordo!—replicó el interpelado en tono altanero.

Y añadió:—¡No sé cuantos odres!....

—Sin embargo,—insistió Pedro, conteniendo un impulso de contrariedad—el encargado de llevar la cuenta es quien debe saberlo.

—¿Encargado? ¿Y por quién?...—Y al decir estas palabras, pronunciadas con marcadísimo acento italiano del mediodía de la península—el guarda segundo las recalcó intencionada y desdeñosamente.

—¡Hola!—replicó Petrin, como si quisiera burlarse de tal actitud—hola! ¿soberbia tenemos? ¡Tiempo perdido, compañero Bautista! Aquí tal adorno es desperdicio...

Y luego agregó con intencionada malicia y cual si la frase envolviera alguna alusión mortificante:

—*Porque no hay en toda la isla quien sea capaz de apreciarlo...*

El segundo se mordió los labios.

—La soberbia está de parte de quien á cada momento se cree con derecho á dar órdenes—repuso reprimiéndose.

Petrin contuvo, por segunda vez, un movimiento de impaciencia y dulcificando el tono contestó:

—Vamos, compañero; dejémonos de palabras duras. Ofenderse por todo no es menos vituperable. No puedo ordenar porque no soy el jefe. Papá Ricardo, que lo es, evita, asimismo, usar de este derecho.

—Efectivamente,—dijo con gravedad el primer guarda, que hasta ese instante no había tomado parte en el violento diálogo: aún en asuntos del servicio procuro olvidarme de mi jerarquía ¿cuánto más en todo aquello que se refiere á intereses comunes? Juntos explotamos la pesca de pingüines y lobos de mar; juntos fabricamos

el aceite y preparamos las pieles, justo es también que nos repartamos por igual las órdenes. Más, si alguna vez asumiera Petrin la dirección de la tarea ¿no tendría acaso derecho para proceder así, por ser quien mayores conocimientos tiene en ella, dada su competencia especial en el oficio de lobero?

—¡Superioridad que le atribuíis vosotros!—contestó con insolencia Bautista.

Pedro que había escuchado con respeto las palabras de su padre adoptivo, no pudo disimular ya su cólera.

—¡Superioridad que sabré mantener á todo trance!... —replicó con firmeza.

Bautista hizo un ademán agresivo. Su mirada relampagueó un segundo; contrajéronse sus labios y sus puños se crisparon...

Iba á abalanzarse, furioso, dando lugar á que se produjera en el barco una escena inevitable ya, y de largo tiempo atrás prevenida, cuando de improviso, en ese mismo instante, oyóse entre las peñas de la orilla la voz alegre de una mujer—voz casi infantil que desde lejos gritaba fuertemente:

—¡No desamarreis aún!—¡Padre!... la bota de rom! habeis olvidado la bota de rom!

Y al mismo tiempo apareció en la base del promontorio, dibujando entre la niebla sus contornos esfumados, la silueta gentil de una muchacha cuya edad no pasaría de diez y seis años.

Contemplada así, de pié sobre lo alto de las rocas, esbelta, delgada, hermosa de semblante y noble en su sencilla y rústica catadura, con sus ojos claros y su piel tostada por el hálito de las olas; flotante el rubio cabello bajo el soplo de esa misma brisa salada que hacía, á la vez, ondular el ruedo de su falda corta de sarga azul, bajo la cual aparecían modulados los contornos suaves pero ya firmes y graciosos de un cuerpo virginal de adolescente; descalza, risueña, seductora, aparecía

la imagen de la niña como la evocación poética de algún genio mitológico del mar—Océanida ó Sirena, la Hero ó Psyché de una leyenda de las comarcas australes americanas, no escrita aún. . .

Los dos hombres interrumpieron su querella.

Bautista, que al oír la voz de la niña había desarrugado el ceño y suspendido como por encanto su ademán agresivo, al verla allí, como una súbita aparición interventora, fijó en ella una de sus miradas indefinibles, cruzó los brazos y palideció intensamente. . .

—¡Feliz viaje! gritó María Assunta, al mismo tiempo que desde arriba lanzaba hacia la playa la bota de cuero repleta de alcohol, que Petrin se apresuró á recojer.

—¡Hasta la vuelta!— contestó Ricardo, con voz trémula.

La operación de arreglar el aparejo é izar las velas fué obra tan solo de un segundo más. Soplabá ventolina del Sur y la cerrazón disminuía lentamente. Ricardo dirigió la última maniobra con una sola señal. La señal fué obedecida en silencio por los dos hombres, que habían vuelto cada uno á su sitio.

Orientóse la cangreja y el foque, largáronse las amarras, y el barco después de orzar dos cuartos á barlovento, emprendió su marcha á todo trapo, rumbo al Nord Este, cortando gallardamente las picadas olas, cuya espuma comenzó desde entonces á salpicar á un tiempo el rostro de los tres tripulantes, cual si, sabedora la mar del hondo resentimiento que distanciaba á aquellos hijos suyos, hubiera querido reconciliarlos por medio de una común caricia maternal. . .

María, inmovil, la miró alejarse durante algunos minutos. Y cuando el barco, hundiéndose más y más en las profundidades de la niebla hubo desaparecido ya del todo ante su vista, volvió la espalda al embarcadero, trepó las rocas y tomó el camino del faro.

De pronto, al llegar á la cumbre del promontorio y

tender desde allí la mirada distraída sobre el velado horizonte, abarcando con ella una extensión relativamente considerable, reprimió un grito de asombro, que era al mismo tiempo grito de alegría....

¡A doscientas toezas de la tierra firme, por el Norte, avanzando rápidamente hacia la punta del cabo de San Juan, surgía de improvise en medio de la niebla, bizarro y elegante, un hermoso *yatch* con arboladura de bergantín; blanco el casco, blanco el velámen, blanca la jarcia— semejante todo él á una gaviota de alas tendidas que rozando la espuma de las olas, emprendiera el vuelo hacia la ribera cercana . . .

La humilde ballenera y el gallardo visitante de alta mar se habían cruzado á la entrada del golfo mismo, pero sin divisarse, envueltos, la una y el otro, en los vapores de la sutil neblina matinal. . .

ALBERTO DEL SOLAR.

SONETS

Fleur de Sang

Hélas! je voudrais bien charmer ma Mignonette
Avec les filtres rares d'un vrai Magicien,
Et faire un diamant noir de mon coeur de Poète
Pour l'enchâsser dans l'or diabolique du sien...

Je voudrais, je voudrais éni vrer ma blondette
D'un étrange et subtil parfum Assyrien
Qui rendrait prisonnière son âme de coquette
A ma passion antique et á mon Amour païen!

Or, attaché sur moi en couronne d'épines
Son amour,—tel le parfum des aubépines,
Qui déchirent la main en ravissant le coeur,

Serait dans ses caresses, le spasme et le délire,
Et sur mes rêves morts, symbole du martyr,
Ouvrira leurs pétales une sanglante fleur.

Elle...

Elle était pour mon âme le parfum ravissant,
Le mirrhe de l'amour et l'encens de l'ivresse;
Elle était pour ma vie l'idéale princesse,
Le rêve de mes nuits, le rêve palpitant...

Elle était dans mes songes la Belle-au-bois-dormant...
Je lui aurais donné mon sang et ma jeunesse,
Et mon espoir sublime et ma vague tristesse
Dans le transport divin d'un amour delirant!

Je moissonnai pour Elle les premiers lilas;
 Les aubépines blanches qu'elle aimait tant hélas!
 Je respirai en ses lèvres pour m'embaumer d'amour:

Et je vis sur ses yeux etiolés de pervenche—
 Tel un grand lys mourant que sur l'étang se penche—
 Agoniser mon Rêve dans le déclin du jour!

Enchantement

Son petit corps était pour moi comme une lyre
 Que je faisais vibrer dans ma folle caresse;
 Sa bouche était une rose sanglante de Corcyre
 Et sa mélancolie m'inonda de tristesse.

Les acacias tout blancs s'inclinaient pour la ouïre
 Quand nous promenions dans les bois notre ivresse;
 Et la main sur la main, tous deux sans rien nous dire,
 Nous comprîmes l'énigme de l'éternelle jeunesse...

Un soir, par le printemps —le ciel était profond—
 Je lui dis: «Viens! mon ame s'ouvrira jusqu' au fond
 Pour recevoir la tienne, comme un pur diamant!...»

Elle me regarda de ses yeux de glycine:
 Et depuis lors, je brûle dans sa flamme divine
 Et nos deux coeurs sont ivres du même enchantement....

LEOPOLDO DÍAZ.

EL PRÍNCIPE ALACRÁN

Para Luis Berisso.

Mi hermano Feliciano no había vuelto aún á dormir, y resolví acostarme sin esperarle más. Con seguridad que el muy borracho se habría quedado roncando debajo de algún banco de la taberna, ó en algún rincón de un garito ó burdel. Ya me tenían desesperado sus vicios y pensaba arrojarle de mi casa al día siguiente por que era imposible que siguiéramos viviendo juntos, llevando él una vida tan desastrada y escandalosa. Continuamente salía su nombre en los diarios en la sección de policía, y todos los meses tenía yo que ir dos ó tres veces á sacarle de la conserjería mediante una multa, que después Feliciano me reembolsaba de la renta que nos dejó nuestro padre, renta que satisfacía holgadamente nuestras necesidades.

Lo que más me irritaba era que, como teníamos la misma edad y el mismo rostro, continuamente se creía que era yo el escandaloso y el perdido. ¡Maldita la hora en que fuimos engendrados! Desventurada ocurrencia de la Fatalidad de enviarnos á este mundo con pocos momentos de diferencia y, lo que es peor aún, con rostros tan semejantes. Solo diferíamos en carácter y en gustos. Feliciano era borrachón alegre, expansivo, mujeriego, jugador y pendenciero; yo, Macario, soy concentrado, tristón, algo misántropo; no tengo el vicio de beber pero en cambio tengo la manía de inyectarme

morfina; soy poco predispuesto para el amor ó mejor dicho para el amor como lo sentía mi hermano: el amor sano, vulgar; la sensualidad de Feliciano le llevaba á las mujeres rollizas, hermosotas y ardientes; á mi me enamoran las mujeres delgadas, enfermas, nerviosas y malvadamente frías... De allí las continuas disputas entre Feliciano y yo, disputas que concluían en mútuas burlas y hasta en mútuos insultos. . . Pero bah! es imposible discutir con el borrachón de Feliciano: es intratable. Y la verdad es que yo quiero mucho á este endiablado borracho. Pero ya era imposible vivir más tiempo con él porque sus constantes escándalos me ponían en muy sérios compromisos. Resolví, pues, despedirle en cuanto viniera; quizá así el disgusto de vivir solo, sin su hermano Macario, le haría más discreto y juicioso.

Con estos pensamientos me quedé dormido, no sin haberme hecho antes una inyección con mi fina jeringuilla Pravaz. Comenzaba á quedarme dormido cuando sentí un ligero ruido debajo de mi escritorio. No hice caso al principio. Bajo el escritorio tenía yo muchos libros á la rústica que hacía mucho tiempo pensaba enviar á la encuadernación; estaban allí los autores más opuestos en gustos y épocas, en la más revuelta confusión «Orestes» de Sófocles y la «Vida de Cristina de Stohlemn» escrita por un candoroso hagiógrafo, «El ingenioso hidalgo»... y el «Kama-Sutra» de Vatsyayana, el «Goetz de Berlinghen» de Goethe y «L'Animale» de Rachilde, la «Disquisitione Magicarum» de Martín del Río y «Zo'har» de Catulle Mendés, la «Parerga» de Shopenhauer y la «Justina» del marqués de Sade, «To solitude» de Zimmermann y otros libros más. El ruido comenzó á inquietarme, era como si un pequeño gnomo se entretuviera en saltar de un libro á otro, en rasgar las cubiertas, tirar de las páginas y trasportar las letras. Me imaginaba yo guiado por mi enferma imagi-

nación que el caballero manchego se había empeñado en nueva y desaforada aventura con algún súcubo del libro teológico de del Río, ó que la fornicaria de «L'Animale» había seducido al vengador «Orestes» ó al incestuoso La Roquebrussane de «Zo'har». Me cansé al fin de idear extravagancias: deseaba dormir y los constantes saltos, roces, chirridos, desgarraduras y choques me despertaban apenas empezaba á hundirme en las deliciosas regiones del ensueño... Me puse unas zapatillas, encendí luz y fui á buscar lo que producía esos ruidos; levanté un libro que recuerdo era «La Parerga» y salió bajo él un enorme alacrán negro, erizado de pelos y armado de formidable pua en la extremidad de la cola. El animalejo huyó rápidamente, pero logré alcanzarle y le retuve de la cola; no sé porque me pareció que el bicho levantó hacia mí los brazos en actitud de pedir perdón; tuve un momento de lástima en el que pensé dejarle con vida, pero reflexioné que si lo hacía, esa alimaña continuaría mordiendo mis libros y haciendo el ruido insoportable que no me dejaba dormir. Era un hermoso ejemplar negro que tenía en el caparazón una especie de corona ducal del color del carey... No hubo perdón y resolví matarle; por un refinamiento de crueldad le dejé en libertad para que el bicho creyéndose á salvo, huyera... di un salto y le caí encima, aplastándole ruidosamente; quedó en el suelo un conjunto informe de diminutas vísceras, pedazos de coraza y de tenazas flotando sobre líquidos turbios y sanguinolentos...

Volví á acostarme tranquilamente en mi lecho. A poco sentí un ligero ruido como de algo que se arrastrara...—¡Si le habré dejado vivo! Imposible! No ha quedado un fragmento capaz de moverse!—pensé. Cesó el ruido y me puse á dormir.

De pronto desperté, miré en torno mío y me quede frío de terror: por todas partes me rodeaban enormes alacranes que agitaban pausadamente las tenazas, hacien-

do ruido de mandíbulas que masticaran, é infinidad de ojillos fosforescentes y viscosos me miraban con fijeza codiciosa. A la luz de esos ojos veía brillar los accidentados lomos de cuyas escamas y pelos salía un sudor rubio y pegajoso como la miel. Y las erguidas colas se inclinaban hacia adelante, como trompas, con movimientos espásmodicos, ostentando sus púas agudas y ponzoñosas. Por todas partes subían á mi cama agitando sus colmillos húmedos y encorvados. Unos subían por las cortinas, con los lomos vueltos hacia mí, y para no perderme de vista se arqueaban horrorosamente; otros se colgaban con la pua á las borlas de los cordones, se balanceaban y pasaban á una pulgada de mis ojos sus tenazas erizadas de dientes. Todos ellos espiaban mis movimientos: me veían perfectamente, pues de sus ojos bizcos salía una luz fosfórica y amarillenta, como la de los ojos de los buhos. Y los sentía caminar resbalando sus cuerpos ásperos, enredando los pelos de sus patas en el tejido de la sobrecama. De todas partes acudían: el suelo de mi cuarto estaba cubierto de escorpiones; los más pequeños tendrían la longitud del brazo con tenazas más grandes que mi puño. Los que estaban á los bordes de mi cama se cojían fuertemente con las patas delanteras y estiraban la cola á los que estaban en el suelo, para que éstos á su vez subieran, y éstos al hacerlo, rozando sus vientres contra el lomo de aquellos producían un ruido como de cueros ó cáscaras que se frotaran. Ví uno de los alacranes que quería subir al dosel de mi lecho, desde la cabecera; le veía en actitud de saltar; esperó que el escorpión que se balanceaba en una de las borlas pasara cerca de él—¡Dios mio—pensé!—si yerra en su salto va á caerme encima...—Y esperé helado de espanto. El animal saltó al fin y se cojó al caparazón del otro, pero le hincó en la carne por una juntura; el herido se volvió irritado y, casi en el aire, por varios segundos lucharon ambos bichos, á dentella-

das y colazos, cayéndome en el pecho, por la abertura de la camisa unas cuantas gotas de sangre fría y hedionda... Qué horror! Yo tenía la piel cubierta de esos granitos que engendra el espanto, y debía tener los cabellos más derechos que alfileres. A medida que más alacranes subían más amenazadores se ponían, con más saña me dirigían sus venenosas puas y sus formidables tenazas; me encontraba en medio de una salva de garras dentadas, los ojillos torcidos de esos animales se ponían más iritados y biliosos; de sus bocas salía una especie de *gruñido* mezclado á crujidos de muelas. Como el número crecía se apiñaban contra mí, caminaban los unos sobre los otros, luchaban y rozaban sus cuerpos fríos melosos contra mis brazos y mejillas. Sentía el vaho fétido de sus fauces deformes, el ruido que hacían al saborear la próxima carnicería que iban á hacer conmigo, y la deglución de su propia saliva. Lo más curioso es que yo *entendía como si fueran palabras coherentes* los gruñidos de esas alimañas; repercutían en mi intelecto, al modo de una extraña sugestión ó telepatía sus feroces deseos de venganza; lo que entraba por mi oído como un sonido puramente animal se recomponía en mi inteligencia y formaba períodos perfectamente claros, expresiones concretas; amenazas é imprecaciones de un sentido distintamente humano. Comprendí que iban á vengar la muerte que, sin compasión había dado á su Rey; comprendí que esperaban la orden de un jefe para devorarme; unos hundirían sus puas en mis ojos, otros cojerían mi lengua con las tenazas y me la arrancarían, otros entrarían por mi boca hasta el interior del tronco y me sacarían por ella el corazón y los intestinos... No podría huir, porque había escorpiones en el techo, en las paredes, en el suelo, en todas partes, y en cuanto pretendiera escapar caerían de golpe sobre mí. El corazón se lo comería la Reina, y con mis huesos construirían un túmulo á mi víctima. Yo era un ingrato: á ellos les

debía que no hubiera arañas ni hormigas en mi cuarto... Oh! no quedaría uno solo que no mojara sus patas en mi sangre: todo sería obra de un segundo. No esperaban sino que viniera la Reina y diera la señal... Y cada momento que trascurría venía á aumentar la saña de esos animales; los crujidos de dientes eran cada vez más horrorosos; los que estaban á la cabecera me golpeaban la frente con sus colas y me tiraban de los cabellos; otros me cojían los dedos y las orejas, entre las tenazas y apretaban ligeramente. Al menor movimiento que yo hacía me dirijían sus armas y se preparaban á saltar... No me quedaba más recurso que resignarme á morir de una manera tan cruel. De pronto oí un crujido más fuerte...

—¡Dios mio! Es la señal—murmuré en una convulsión de espanto—Féliciano, hermano mío, adios! Perdóname oh Dios misericordioso todo lo que he blasfemado contra tí... Perdóname el haber sido impío y enemigo de tu Divino Hijo!. Cuánto me arrepiento de haberte ofendido con una vida tan llena de depravaciones y pecados... Dios magnánimo, Jesús Sacramentado, recibid mi alma en vuestro seno... *Padre nuestro, que estás en los cielos santificado sea tu nombre, vénganos el tu reino...*

Quise cerrar los ojos, pero el terror me había petrificado los párpados. Sentí que los animales tiraron de la sobrecama... ¡Será para comerme mejor!—pensé. Un alacrán negro hiperbólicamente grande, se irguió encima de los demás; estaba cubierto de telarañas desde la cabeza chata y horrible, hasta la espiga ponzoñosa de la cola; tenía una corona grabada en el corselete; un sacudimiento de horror contrajo mi cuerpo. El bicho tenía las dimensiones de un hombre. Avanzó lentamente hacía mí en el espacio que le dejaron los demás escorpiones respetuosamente; cuando su espantosa ca-

beza estuvo á la altura de la mia gruñó mientras sus tenazas me sujetaban de los brazos...

—¿A dónde se ha ido tu orgullo de hombre, de ser inteligente? Ah debil, ruin, cobarde y miserable criatura!.. Ha poco dejaste un reino sin Rey; pensabas que se trataba de un bicho despreciable al que su especie no vengaría y viniste á acostarte sin el más pequeño peso en la conciencia. Pues bien, el ser despreciable eres tú, el bicho ruin eres tú, tú que estás en la cúspide de la creación, tú que eres el hijo predilecto de Dios, tú, la obra más perfecta de la Vida... Ah no tuviste clemencia del Rey, que te pedía le perdonaras la vida, justo es que mueras; pues bien...

—Perdón, Reina, perdón!...—murmuré gimiendo.

—Pues bien, yo si tendré clemencia contigo...

Hubo un crujido formidable de rabia por todas partes, las tenazas se agitaron y las colas se dirigieron hacia mí espantosamente amenazadoras.

—Tendré clemencia contigo. El Rey buscaba entre tus libros la ciencia del buen gobierno, quería adquirir la astucia, la maldad y la inteligencia de la especie humana; le asesinaste vilmente antes de que pudiera conseguir su objeto, y sin que tuviera un heredero para su reino. Si yo tuviera un hijo de tí, el futuro Rey tendría lo que tu desventurada víctima deseaba adquirir: lo tendría por herencia. Has privado á un reino de su Rey: debes darle otro; si te niegas mueres, mueres de la manera horrible que has escuchado.

Y su boca viscosa se pegó á mis labios, y sus tenazas ciñeron mi cintura amorosamente, y sentí bajo mi pecho los estremecimientos de amor de esa bestia fría, repugnante, melosa, áspera, erizada y fétida...

En la mañana llegó Feliciano borracho aún y me despertó; con la lengua estropajosa comenzó á darme disculpas por su tardanza y embriaguez. Yo no le atendía porque estaba conmovido con la aventura asquerosa y

terrible que había tenido en la noche... ¡Quizá si todo había sido una espantosa pesadilla!— pensé. Para cerciorarme dejé á Feliciano sentado á los pies de mi cama, y fui á ver junto á los libros el real cadáver. El suelo estaba manchado, pero no estaba el cuerpo del alacrán que maté!...

Feliciano me vió inmutado y creyó que de cólera para con él; se levantó para abrazarme... Pero de pronto le ví dando zancadas y traspiés...

—Ya está uno... ya está uno... Ya está el otro.

—¿Qué tienes borrachón del demonio? Estás loco?

—Nó, hombre, ví saltar un alacrán negro y grande de tu... de tu cama... y luego un alacrancito... y los he... despachurrado.

—¡Asesino!— le grité— con los cabellos erizados—has matado... has matado... á mi hijo!...

Feliciano se alzó de hombros como si no me comprendiera. Esa misma tarde cambié de casa y me separé de Feliciano, quien ha seguido tan borrachón y escandaloso como antes. Feliciano es incorregible.

Lima, 1899.

CLEMENTE PALMA.

ANACREONTE

Al Dr. Joaquín V. González.

Paros. La montaña con el vientre profundamente herido, se inclina hacia el Oriente, bajo su toca de nubes. A lo lejos, la pincelada de verde de una selva. En el horizonte, la pompa fastuosa de un ocaso. La fimbria de una nube diminuta ardiendo en rojo, parece el borde de un labio que se entreabre á la caricia del beso. Por entre un inmenso bosque de tallos de azucenas que agitan levemente sus pompones, cruza una bandada de mariposas consteladas de iris. Bajo los pámpanos opulentos de una vid, hacen chispear sus pupilas los silenos. Anacreonte canta. Su gran cabellera flota al viento, como la seda de un pendon. En sus pupilas levemente entreabiertas, hay toda la casta majestad de un ensueño. Las cuerdas de su lira vibran vagamente. Junto á él, Acriniò engarza en la mañana de su cabellera una constelación de lirios que palidecen bajo la caricia de rosa de su mano.

Anacreonte

Cuando el labio se entreabre en un suspiro, florecen las pálidas margaritas del recuerdo en el corazón. De mis pupilas sombreadas por el velo de mis canas, brotan lágrimas heladas, con la frialdad de la gota que se desprende de la hoja para coagularse sobre el granito de los túmulos. Aquel inmenso volcán que rugía con rugidos de tempestades dentro mi pecho, y aquellos cantos cristalinamente límpidos que elevaba en la hora en que la auro-ra era un solo matiz en el Oriente, ya no se hacen oír en la gama prepotente de sus notas. Ván á morir entre la gloria del ocaso!

Acrinio

Maestro: Tu cabellera blanca tiene el casto colorido de las mariposas de un ideal. Tu eres grande, con la grandeza de una elevada montaña sobre las menores alturas de una prolongada cordillera. ¿No ves el sol como transmonta esa cumbre para caer como un grande y vibrante escudo de oro en el seno misterioso de Occidente? Sé tu como él, y si ha llegado la hora de inclinar para siempre tu cabeza, cae cantando ó tumbate rugiendo!

Anacreonte

Yo quisiera morir en la mañana, arrullado por un gentil coro de vestales que calzaran sandalias de marfil y ciñeran sus cabezas con leves arcos del oro de Arabia. Yo quisiera que mi último vagido se confundiera en la explosion de un beso.

Acrinio

Maestro: Tu vejez es dulce, con la dulzura de la miel cristalizada por los años en la breve extensión de musgo.

zos alveolos. Abre tus labios, haz vibrar como una cadera de muger las cuerdas de tu lira, y canta la égloga patética donde el sentimiento es al alma, lo que la luz á la arista centelleante de una roca.

Anacreonte

Yo quiero renacer en una eterna Primavera. Quiero sentir dentro de mis venas, en vez de sangre tibia, de sangre que se corrompe, la savia nueva que pinta el rostro con el carmín de una adelfa. Quiero verme reflorear en el lujurioso desborde de una vida nueva!

Acrinio

Hay una constelación de lágrimas en tu cara. Déjalas ahí, para que ellas brillen al caer sobre tu barba, como exhalaciones que parten de tus pupilas para encenderse en el cielo de tu rostro!

Anacreonte

Ya me siento caer lenta, muy lentamente, como el velo que se desprende de una cabellera y se tumba silenciosamente, como un inmenso y encrespado copo de nieve.

Acrinio

Tu lo has dicho, maestro: cuando un grande hombre vuelve al seno de la nada, de lejos, parece una montaña que bambolea; de cerca, un mundo que se derrumba.

Anacreonte

Bella es la vida cuando hay arpegios en el alma. Mira la media luna, como la punta de un dardo trunco hendien-

do el seno del infinito. Ante tus ojos, es la promesa de una ilusión; ante mi mirada, es el andrajo de una esperanza!

Acrinio

Yo besaré tus labios cuando la Muerte los tñia con la tinta violácea de su marca. Yo cantaré sobre tus despojos, tus rimas cadenciosas, como la melancólica vibración de un élitro ignoto!

Anacreonte

Las tímidas sensitivas pliegan sus hojas al paso de la noche. Los luceros florecen en la sombra. La vía-lactea asemeja un girón del mediodía, pendiente del torso del infinito. Y á la luz de los pálidos luceros, voy á morir. Ponme sobre la loza mi lira rota, para que allí se destaque como las alas plegadas de una águila vencida.

Y á lo lejos, un matiz tornasolaba las cumbres con una cinta de rosa. Más arriba, en el espacio, ascendía en espas voluptuosas, una bandada de silenciosas golondrinas.

GOYCOECHÉA MENÉNDEZ.

Buenos Aires—1899.

PLURALIDAD AFECTIVA SEXUAL?

A José Ingegneros.

Distinguido señor:

He admirado su bella respuesta á mi *enquête sobre la mujer*, publicada en el «*Mercvrio*» de Noviembre pasado.

No comparto, sin embargo, su opinión (y puesto que Vd., cortesmente, desea conocer la mía, héla aquí, francamente), en cuánto á su concepción—brillante—de la «pluralidad afectiva».

Creo que el hombre en plena evolución, refinado, normal, es—en la unidad del tiempo—monogamo: unidad que puede ser medio siglo ó una hora, pero durante la cual la fidelidad se impone como un espontáneo deber y como un derecho.

« La imájen representativa del placer sexual se limitará, al principio, á la imájen de una necesidad orgánica

El distinguido sociólogo italiano Guillermo Gambarotta, iniciador de la *enquête* sobre el feminismo, envía el presente artículo replicando á la respuesta, á dicha *enquête*, de nuestro colaborador José Ingegneros, que publicamos en nuestro número de Noviembre ppdo. (*Bases del feminismo científico*), acompañado por la siguiente epístola.

Milán, 11 de Marzo de 1898.—José Ingegneros.

Estimado señor: Gracias por su bella respuesta, que publicaré íntegramente en mi libro de la *Inchiesta sulla donna*, del que me será muy grato enviarle un ejemplar en homenaje. Le adjunto mi réplica á su respuesta y mi reciente libro *L'Adulterio*, del que estimaré su juicio en el *Mercvrio* si ya no se ha ocupado de él. Le agradeceré me envíe el número de la Revista en que aparezca mi réplica, y tendré el mayor placer en ser uno de los colaboradores de vuestro *Mercvrio de América*. Con la mayor consideración, soy su affmo.

DR. GUILLERMO GAMBAROTTA.

satisfecha: puesto que— siendo impelente la necesidad— la sensación no puede tener mas caracteres que los de la satisfacción de una necesidad. El que siente hambre no se fija en la calidad de los alimentos y la sensación que percibirá comiendo será simplemente la del hombre que se satisface: y la representación no podrá ser distinta de la sensación.

« Con el proceso del tiempo, habiendo perdido la sensación el simple carácter de satisfacción de una necesidad, el tono de la sensación—y por consiguiente, de la representación, será determinado por elementos mas numerosos. Aquél que, habiendo satisfecho el hombre, sigue comiendo, establecerá entre las varias calidades de alimentos diferencias que le harán preferir los alimentos que otra vez le proporcionaron una sensación mas agradable. Así el hombre, no atraído á la unión genésica por una predominante necesidad orgánica, sinó por la representación del placer que otrora le proporcionó el acto sexual, se acostumbra á amar en la mujer, además de la hembra, un ser dotado de especiales virtudes simpáticas las cuales ejercen sobre él una atracción particular. . . . El hombre busca á la mujer en quien es mayor la virtud de atraerlo: sean las cualidades estéticas ó las psíquicas las mas influyentes, dominando la ley de los semejantes ó de los contrarios, el amor humano es complejo. Y el hombre busca en la hembra á la mujer: y de la mujer con que se une consigue, además del placer puramente sexual, mil otras formas complementarias de goce, originadas por las cualidades que le son peculiares á la mujer amada: luego no es solamente el placer genésico lo que ella ofrece al hombre; pero amándola el hombre se sumerge en una ola de armoniosas sensaciones agradables de las cuales—pasada la cohabitación—queda en su espítitu la viva é íntegra imágen representativa, como de una armonía musical que nos haya embriagado, para cada una de cuyas notas nos de-

jaría fríos si no estuviese vinculada con las otras notas.

« Así el amor empujará al hombre, no hacia la mujer, sino hacia la mujer amada: puesto que otra no le proporcionaría aquel acuerdo de sensaciones agradables que ya otra vez lo sedujeron; y hacia su mujer sentirá una especial y duradera atracción, unida con la necesidad de tenerla próxima, presente, ligada á él por un vínculo que —si él no lo quiere—no puede romperse. Necesidad comun también á la mujer respecto del hombre que ama. Es la fidelidad conyugal: natural, impulsiva, correspondiente á una necesidad biológica: que puede unir dos vidas en una sola, para siempre; que puede durar un día. Que no es desconocida entre los animales inferiores ».

Este es mi concepto del amor, tal como lo he enunciado en *L'Adulterio*.

Y mi concepto teórico tuvo su comprobación, de mi parte, en la práctica. He amado un discreto número de mujeres, pero siempre una tras otra—volubilísimo quizás, pero incapaz de hacer trotar en yunta dos amores. Ahora estoy en plena adoración de mi prometida—María—y por ella he olvidado todo el pasado, y más allá de ella no veo ninguna otra mujer. Mi fidelidad es escrupulosa y me conduce á ser ferozmente celoso. No sé cuanto durarán ambas cosas: acaso, es de esperar, mucho: seguramente, mientras duren, no admitirán restricciones ni excepciones.

En cambio he sentido la *pluralidad afectiva*, cuando era niño: y observo que tal fenómeno es común á todos los jovencitos que hacen sus primeras armas en el amor: para ellos la mujer amada no es « la mujer » sino « una mujer ». En la que ellos concretan, personifican, todo el sexo, y hacia la que dirigen toda la afectividad innata que los lleva hacia el sexo contrario. A un niño para enamorarse le basta una pollera: á una niña un par de bigotes: y si la pollera cambiara de forma y revistiera á una mujer gruesa ó á una delgada, y si los bigotitos fueran mo-

rochos ó rubios ó rojos—poco importa: el adolescente no se fijaría en las transformaciones: más aún querría combinarlos, y los amaría combinados, no preocupándole el «individuo» sinó el «género»: á condición de que existan la pollera ó los bigotes.

Avanzando la edad, la afectividad sexual se especializa: del «género» se pasa al «individuo». Del sexo á la persona. Y no puede amarse más que esa determinada persona, en aquel determinado período de tiempo. Esta evolución de la afectividad que se verifica en la vida de un hombre es verificable también, y sobretodo, en el desenvolvimiento de la vida de los pueblos. Solamente á las hordas salvajes les es conocida la promiscuidad sexual; mientras que en la última fase de la evolución de cada pueblo hacia la civilización, aparece el divorcio, el que, precisamente,—disolviendo con facilidad cada vez mayor las viejas y facilitando las nuevas uniones—marcha al unisono con la repugnancia del hombre civilizado, evolucionado, refinado, para la coexistencia de dos vínculos sexuales: coexistencia que expóntaneamente no puede existir en él, y que, sin embargo, le es impuesta, forzosamente, en los pueblos que aún no admiten el divorcio.

También en el reino animal bruto, entre los vertebrados, la promiscuidad es característica de las especies inferiores; á muchas de las superiores le es ya peculiar cierta fidelidad sexual. El mismo fenómeno, pues, en la evolución animal; en la evolución étnica; en la vida de cada uno de los individuos.

Lo que me induce á creer que la *pluralidad afectiva* es un síntoma de rudimentalidad ó de regresión degenerativa.

Milán.

GUILLERMO GAMBAROTTA.

LA JUVENTUD, LA HISTERIA

Y LA MUERTE

A Victor Arreguine, afectuosamente.

I

... Yo las conocí á todas, y juro que cualquiera de ellas era digna—por el prestigio immaculado de su sexo, por la armoniosa escultura de sus formas, por la frescura fragante de su juventud, por la belleza y la gracia de su ser, por la elegancia florida de su verba, por la fascinación irresistible y aristocrática de sus modales, por su soñadora alma de vírgen—íntimamente anhelante de las supremas delicias del Himeneo—ó por sus demás poderes arcanos, de realizar el ideal prometido por la esperanza al más estético de los príncipes del orbe ó de la imaginación.

Yo las he conocido á todas ellas, en días de ilusión y de inocencia pristinas.

Los recuerdos vespertinos de mi niñez, están todos llenos del perfume que exhalaban sus cuerpos impolutos y sus cabelleras afrodisíacas; de la ambrosía distante de sus besos, del halago de armiño de sus caricias, de la música celeste de sus palabras, del temblor alado de sus suspiros y del divino espectáculo de sus presencias.

II

Hoy, al evocarlas, bajo el influjo de un sentimiento puro — emoción sagrada de arte doloroso y transfigurador— al esbozar sus contornos auténticos y las líneas familiares de sus rostros, con el pensamiento y la imagen, con el cariño y la poesía que inspiran las cosas amadas que el tiempo, la distancia ó la muerte purifican y subliman; hoy, las veo sonreír ante mi arrobamiento visionario, tal como en las horas antiguas, en que las viera florecer, estérilmente, á la espera de ilusorias idolatrías y de fecundaciones soberanas.

Y pasan, una tras otra, siguiendo el ritmo afectivo de los viejos cariños que nos unían en la lontananza de mis años ingenuos.

Ema, la de las hondas pupilas azules, destellando dulcemente sobre el blanco relámpago de sus escleróticas, como los cielos diáfanos, orlados de auroras, de ocasos, y de iris maravillosos de los astros níveos y remotos.

Clotilde, la de la piel de nardo, sobre cuya limpidez, parecía que el vuelo de la luz que dora los horizontes, hubiera extendido su impalpable gasa rosada.

Lucrecia, la de perfil de Diana y busto de Anadio-mena.

Silvia, la de la cabellera de seda rubia, de las orejas como flores y de las manos suaves y leves como el plumaje de las tórtolas.

Elena, la de las sonrisas de púrpura y de las ojeras sugestivamente admirables, como las medias lunas violetas, entrevistas, al telescopio, en lejanías estelares.

Y finalmente, la menor de todas ellas, en la apoteosis de sus encantos, Sofía, radiante como una llama y bella como un triunfo; Sofía, cuyo andar voluptuosamente elegante, era tan seductor como el de las diosas increadas que suelen atravesar, furtiva ú olímpicamente, el Elíseo extraterrestre de los sueños.

III

... Desde la infancia, el prolongado milagro de una benévola amistad, consolidada por múltiples circunstancias, las había estrechado discretamente. Y en el sereno transcurso de sus existencias, libres de trabajos y necesidades, habían visto mutuamente crecer, desarrollarse y coronarse de fraternales delectaciones, la siempreviva de sus afectos. Llegaron á la intimidad, sin que la estima y la bondad que se profesaban, disminuyese en apariencia; y hasta el momento último en que más tarde se separaron,—acaso para siempre,—solo una vez la armonía dejó de presidir el diálogo de sus almas y de embalsamar de cordialidades la atmósfera de poesía en que latían sus corazones.

IV

Ahora, ¡quién sabe en qué zonas de amargura, en qué países de nostalgia, en qué latitudes de remordimiento lamentan, probablemente, en actitudes melancólicas,—con ademanes angustiosos y lentos, con súbitas palideces y rubores, con expresiones desoladas y vergonzosas, con largos silencios surcados de suspiros, con balbuceos y frases trucas y lágrimas—el inolvidable episodio en que actuaron como satánicas protagonistas!

O quizás el olvido, apiadado de sus remordimientos, habrá por fin extendido su mortaja, como una lápida sobre sus memorias, para nunca, nunca jamás, la resurrección mental de aquella escena, se ostente, en la flagrante inexorabilidad de su desnudez bestial, ante el espanto y la repugnancia de sus conciencias tardíamente sublevadas.

V

... Cuando medito en las causas que originaron aquel inaudito martirologio fálico, en los herméticos despertares atávicos, confabulados con tantas otras fuerzas interiores, que de pronto escalaron en un vértigo fulminante, la montaña de todas las preocupaciones acumuladas por nuestra civilización, y ejecutaron tal acto de lapidación sexual en un casto y tímido niño; cuando medito en el porqué de esa acción, me estremece el pensamiento del suplicio que implica la horrible condición actual de la muger...

Porque fué la naturaleza la que las condujo hasta ese atentado: la juventud con su hervor, el deseo con su embriaguez, la razón con sus eclipses, los nervios con su electricidad, el aire con su calor, la soledad con su colaboración, la hora con su oportunidad, el sitio con su discreción y el sol con su complicidad...

Y ante ese derrumbe inesperado de tan admirables castidades,—que cayeron como frutas pasadas, porque no hubo una mano que las arrancara á tiempo, en la divina estación del amor,—yo pregunto ¿qué culpa tiene el ave de que la arrebate el huracán, la luciérnaga de extraviarse en la noche, la voz de perderse en el trueno, ó la virtud de hundirse en la Muerte?

¡Sí! Aquel que condene á las pobres cosas débiles, porque no pudieron vencer los peligros y las tentaciones de la Vida, si quiere canservarse justo, recuerde que hasta entre los dioses hay derrotados...

VI

Mas, veamos cómo aconteció aquello.

Era por la época, en que las primeras yemas, reventando en la corteza de los vegetales, anunciaban la visita pascual de la Primavera.

Siguiendo una antigua costumbre de sus familias, las seis amigas abandonaron juntas el ambiente de invernáculo de la ciudad en que residían; y fueron, por varios meses, á pasear sus imaginaciones inquietas, sus entusiasmos impetuosos, sus pensamientos febriles y las quimeras suntuosas de sus ensueños, bajo la serenidad patriarcal de los firmamentos campesinos.

Paréceme verlas—como entonces,—cuando recorrian juntas, hasta en las horas más molestas del día, los alrededores pintorescos del pueblo en que veraneaban.

Eran las inseparables. Tan pronto se las veía á orillas del río, acompañando con la dulce melodía de sus cantos, el trémulo murmullo de las ondas, ó dejando, tras ellas, la estela sonora de sus conversaciones, á lo largo de los caminos solitarios, como esparciendo el vuelo jovial de sus risas, sobre el mantel, á trechos florido, de los céspedes, ó entreteniéndose en lanzar fuertes carcajadas, para que el éco las imitara, al traves de la espesura, desde el fondo silencioso de los bosques.

VII

... Aquella tarde, vestida de fiesta como una novia que sale al encuentro de su prometido, toda sonrojada bajo la gloria de la emoción nupcial; aquella tarde—terriblemente infausta—las seis amigas paseaban lentamente deteniéndose á cada instante á la sombra de los paraísos, que inician la avenida central del prado.

Ante ellas se extendía el verde panorama de égloga, cortado en dos hasta el horizonte por la línea de la calle ancha y desierta. A la derecha, en perspectiva, la silueta dominadora de un campanario, descollaba en la limpidez de la atmósfera, sobre el inmóvil rebaño del caserío recostado á su alrededor. Y á la izquierda, tras el primer plano de la arboleda, la cinta clara y tortuosa del río; y más

allá, desenvolviéndose magestuosamente, la inmensa marea geológica de las colinas.

VIII

En tanto que caminaban, hablaban; y el diálogo se deslizaba, luminoso y sonriente como un astro entre constelaciones de remembranzas y pléyades de amables augurios. ¡Recordaban y soñaban al amor del presente!

Esa tarde estaban mas alegres que de costumbre; el solo contacto de sus brazos, las estremecía, y el hálito caluroso de sus respiraciones, unido á la fluida caricia del aire, las llenaba de una turbación deliciosa. De cuando en cuando, entre los claros de los altos follages, veían al sol que desde lo inconmensurable, las contemplaba con su infinita mirada de oro.

Llegaron juntas á un banco y se sentaron en él; mas como era pequeño para contenerlas á todas, unas se sentaron sobre las rodillas de las otras. Así estuvieron breves instantes. Y la poesía de sus respiraciones, suavizaba la rima metálica de las cigarras; y la ondulante cadencia de sus senos, era mas sublime que la música de las esferas.

IX

De pronto, una de ellas, pensó en alta voz lo agradable que sería aproximarse al río y sentarse dentro de alguno de los botes, amarrados á la sombra de los árboles que crecen á su orilla, en esas inmediaciones. Todas asintieron poniéndose de pié; y durante algunos minutos, el frú frú de sus vestidos y los extraños ayes de las hojas secas bajo el peso de sus pasos, interrumpió el silencio del suelo que pisaban.

Llegaron á la orilla del río, y como á cien metros de donde se hallaban, entrevieron un bote, medio oculto

entre un frondoso cortinaje de sauces. Al verlo, lanzaron algunas exclamaciones de alegría, y dos de las más traviesas corrieron para elegir los mejores asientos ó quizá para desamarrarlo y alejarlo algo de la orilla, con la intención de impacientar ó de burlar á sus compañeras. Y cuando solo les faltaban algunos pasos para llegar al bote, vieron que este estaba ocupado por dos adolescentes, el mayor de los cuales, al verlas llegar tan inesperadamente, huyó, dejando á su camarada solo en la embarcación. Las jóvenes continuaron avanzando, y como observaran que el que había quedado en el bote era casi un niño, subieron rápidamente á éste y aprovechándose de la sorpresa del adolescente, lo rodearon, impidiéndole que huyera como el otro. En ese momento, las rezagadas llegaron; y una vez que todas estuvieron embarcadas, rieron largo rato de la cara tímida y asustada del rústico prisionero.

De pronto, una de ellas,—la más loca,—desató la amarra del bote y cuando las otras se dieron cuenta, ya la corriente las arrastraba. Y sucedió que habiendo abandonado la sombra de la ribera, y como el incendio solar reverberando sobre el cristal de las aguas, las molestara mucho, obligaron al cautivo á empuñar los remos y á que bogara hácia la más próxima umbría. Y el adolescente, que era un pobre aunque hermoso campesino de las cercanías, obedeció, todo lleno de un inquieto y respetuoso temor; y hasta que no atracaron bajo el vasto ramaje de un sauce, no se atrevió á mirarlas, por vergüenza de encontrarse con sus rostros burlones y sus miradas profundas. Era la suya, una emoción desconocida, fulminante y extraordinaria. Y atónito, ante el continente aristocrático, los gestos graciosos y el hablar imperioso y suave de las jóvenes, pensaba vagamente que jamás había contemplado otras tan raras y magníficas.

X

... Fué en el momento de desembarcar, que *aquello* dió comienzo. Porque, habiendo las jóvenes ordenado al adolescente que saltara á tierra, con el objeto de tenderles sus manos, á medida que ellas fueran desembarcando, la primera que pasó,—Ema, Clotilde, Lucrecia, Silvia, Elena ó Sofia, lo ignoro—impulsada por quien sabe qué tentación suprema, se arrojó en sus brazos y lo besó en la boca. Y una, tras otra, las demás rápidamente, sugestionadas por el ejemplo, hicieron lo mismo. Y enardecidas por el contacto, principiaron á manosearlo; y le desgarraron las ropas; y se las quitaron; y en esos instantes, súbitamente transformadas en rivales, se emularon en temeridad, en impudor, en concupiscencia, en frenesí. Y como le hubieran derribado, se arrojaron sobre él; y el ruido de sus vestidos, en la agitación de la lucha,—porque lucharon entre ellas para poseerlo, queriendo cada una ser la primera—era como un revoloteo de águilas sobre el espanto de un cordero abandonado. Y como no pudieran lograr su intento, porque mutuamente se lo impedían, transformaron sus deseos en cóleras, y sus impotencias en odios; y sus manos, hechas para las caricias, en la desesperación de la lascivia, hirieron; y los órganos sagrados de la generación—á quienes los viejos siglos, saturados de sabiduría, erigieron estátuas, levantaron templos, consagraron inmortales y adoraron como á dioses,—los órganos del adolescente, fueron mancillados é inconscientemente supliciados por aquellas manos preciosas, cuya suavísima levedad recordara más de una vez los pétalos de nieve y el plumaje de las tórtolas...

XI

Y de pronto, ¿qué formidable voz retumbó hasta en lo profundo de sus almas? ¿Qué clamor de agonía, hondo como un sollozo y terrible como una amenaza, se desencadenó sobre el delirio de sus pensamientos humeantes de lujuria, después de haberse abatido sobre los céspedes, esparcido en las brisas, llenado los horizontes, subido al azul y estremecido con sus vibraciones, el alma grande, luminosa y errante de la tarde? . . .

Fué un trueno quejumbroso de campanas, sonando para algún entierro, el que las despertó de aquella pesadilla de Histeria. Y de súbito, espantadas ante el cuerpo exánime del adolescente,—que yacía tendido en el declive á orillas del río,—sufrieron, durante la inmensidad de un segundo, por todas sus vidas rebosantes de bienestar.

XII

Y antes de separarse para siempre (como lo hicieron abandonando el pueblo al día siguiente); antes de desaparecer, en la precipitación de la fuga, tras la arboleda pradial, las jóvenes instintivamente dieron vuelta la cabeza y arrojaron una postrer mirada sobre el adolescente.

Y lo que entonces presenciaron, las heló de ansiedad y de terror.

Vieron al cuerpo exánime de su víctima, agitarse de los piés á la cabeza, con un temblor convulsivo; y en seguida, á favor del declive del terreno, le vieron irse deslizando; rodar, una ó dos veces sobre sí, chocar contra la rama flexible de un sauce, doblégarla y pasar: luego una brusca crispación en las aguas, y nada más! . . .

FLOR DE SEPULCROS . . .

Flor de sepulcros, hija de sombras, madre de penas,
Dame esa sangre, savia de muerte que hay en tus venas.
Yo de mi frente, cuna sin lumbre, sin alegrías
Te daré en cambio las insondables melancolías.
No hay sol que encienda sus explosiones en mis miradas
Ni con tus mieles las mariposas celebran fiesta.
No vierten riego para tu cáliz las alboradas
Ni dán perfume las pasionárias de mi floresta.

Dentro la copa, bruñido nácar que el talle esmalta
Tienes la vaga, lánguida esencia que á mí me falta.
Yo cual de fértil, rica vertiente, gota de oro
Para tu cáliz en mis pupilas tengo un tesoro.
Y así en las horas crepusculares de nuestro invierno
Llenas de duelo, llenas de sombras, llenas de frío
Tú y yo seremos en nuestro dulce consorcio eterno
Llanto y consuelo, tú mi perfume, yo tu rocío.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

UNA ENTREVISTA CON EDUARDO ROD

Para «El Mercurio de América.»

No he llegado aun á comprender las disertaciones, los argumentos del libro: «La superioridad de la raza anglo-sagona» frases vacías, exclusivistas, absolutas, como lo son todas las de individuos de esa raza, que pregonan su fortaleza y acusan de decadentes y raquíticos á los latinos que tuvieron á un Volta y á un Galvani, á un Victor Hugo y á un Napoleón; pero que paga cantidades fabulosas á Bourget, á Brunetiere y á René Doumic en años anteriores y á Eduardo Rod en el presente por leer series de conferencias en las Universidades y Sociedades Artísticas.

La mesa ancha cerca de la chimenea donde el carbón rojo humeaba, y tras la vidriera del balcón, los edificios largos y secos se recostaban como gigantes vencidos: Eduardo Rod leía un libro inglés del poeta Kipling, que en la actualidad lucha entre la vida y la muerte en un lecho del hotel «Grenoble».

Cubano— me dijo, mirándome por encima de sus lentes de oro, con una mirada quieta y casi burguesa— parece Vd. más bien un reporter bretón ó un viajero yankee.

Su figura no es artística, se abotona la levita como un comerciante, pero la frente espaciosa sobre la cual una melena que ya argentea, revela al hombre de letras, el estudioso crítico; la barba exacta que usa Zola, la boca de labios morenos y el hablar pausado á veces y con

un lirismo meridional cuando la conversación va en interés y las ideas brotan en palabras de colores.

—Si—me dijo, reclinando su cabeza en el cuero negro del sillón—mis conferencias serán ocho en la Universidad de Havard: «El origen de la tragedia», «La lucha entre el Drama Regular y el Irregular: el Cid», «El triunfo del Drama Regular: Britannicus», «El Drama Religioso: Atalia», «Shakespeare en Francia», «El drama Romántico: Chatterton», «La Reacción Clásica: Lucía», «Drama poético contemporáneo: Cyrano de Bergerac».—En la universidad de Colombia daré una probablemente sobre Juan Jacobo Rousseau; y otra en el Instituto Packer en Brooklyn, «Caracteres generales de la novela francesa».

En el curso de las series yo trataré de demostrar el desenvolvimiento de las obras dramáticas poéticas francesas desde los orígenes de las tragedias clásicas hasta las del presente día. Naturalmente no hablaré de todas las obras que la constituyen pero citaré un escojido número de ejemplos. Entre ellos habrá una obra escrita en prosa, el «Chatterton» de Alfredo de Vigny, la cual he escojido para dar una completa concepción de la idea del poeta como los románticos lo entendían.

Entre los poetas dramáticos del pasado mi preferencia es por Racine. La tragedia de Racine con el drama de Shakespeare, me parecen lo más elevado de arte que la poesía dramática ha producido.

—Y Shakespeare—le pregunté—cree que tiene aun legionarios en ese impresionable barrio Latino de poetas de todas las sectas y ritos, y simpático en el pueblo inteligente francés?

—Todavía yo creo—repuso, jugando con un desflorador japonés de metal bronceado, que los dramas de Shakespeare son más conocidos en Francia, que la tragedia de Racine fuera de Francia. Hace algunos meses yo estaba en Londres y fui á ver «Julius Caesar»—en el tea-

tro de «Su Majestad», me parece—y no pude sino maravillarme ante el prodigioso conocimiento de la democracia mostrado por el autor de «Otello», cuando él no vivió en una época democrática.

—Y la influencia de las razas del Norte sobre los poetas dramáticos franceses, es cierta? Es verdad la autoridad de Maeterlinck?

—No, no de Maeterlinck; pero la influencia de Ibsen y Tolstoi es imposible de conjurar. La más bizarra fortaleza de nuestra literatura del presente tiempo es heterogénea, y perdóneme el uso de tan bárbaro vocablo. Ha habido época cuando existía cierta unidad en las producciones literarias, creo que recibíamos alguna impresión á distancia pero hoy vemos á nuestro alrededor los más diversos elementos.

— Cree Vd., á Rostand con su «Cyrano de Bergerac» y con sus «Romanesques», un resucitador de la antigua tragedia romántica?

—Se ha proclamado á Rostand en «Cyrano de Bergerac»—contestó con una sonrisa sardónica—se le ha recibido con un entusiasmo imprecendente como si las tendencias de los tiempos se dirigieran al retorno de la escuela romántica. Evidentemente hay una corriente de romanticismo, todavía la corriente del realismo es muy fuerte, y aun hay otra más fuerte que las anteriores, que no se si podré calificarla de idealismo. No, yo no puedo decir, cual es el literato francés que ejerza una influencia decisiva sobre las letras contemporaneas. Es la posteridad y no yo, el juez en tal debate.

—Vd. es un gran admirador de Zola, porque recuerdo bien su iniciación en París, con el folleto «Apropos de l'Asommoir», generosa y simpática defensa que Vd. publicó el 1879.

—Si, todavía soy un admirador de Zola y de sus novelas, no de todas. Entre ellas «Germinal» y «L'Asommoir». En mi opinión, él creó un género de novela que cierta-

mente presta á la crítica vasto campo, las cuales pueden ser discutidas desde muchos puntos de vista, pero que constituyen una manifestación literaria de gran importancia.

—Y New York, y los elevados que degeneran, y el movimiento abrumador, con algo de neurótico. no le sorprende? le interrogé.

—Hace como un año, visité uno de los más viejos países del Viejo Mundo, Sicilia, donde uno se encuentra en contacto con tiempos viejos y viejas ideas.

Hoy me encuentro en New York, donde todo es nuevo, entre los más progresivos países del globo. Yo estoy convencido de que soy muy humilde, muy incapaz de juzgar á *coup d'oeil* la monstruosidad de esta raza de Ciclopes, blondos, calculistas, poetas en el número y prosistas en el verso. Bajo una mirada científica New York sorprende, bajo una ojeada artística, deja mucho que desear; dice U. muy bien los elevados son depresores del cerebro como esos aparatos infames para deprimir los piés de las japonesas.

—Conoce Ud. monsieur Rod, algo de la literatura latino-americana —al mismo tiempo que le citaba algunos viejos y modernos escritores.

—Sí y no. He oído de Heredia, tío según me han dicho de nuestro académico del mismo nombre; de algunos clásicos colombianos y uno ó dos poetas argentinos y uruguayos; pero los confundo á todos en una misma nacionalidad: la América Libre. De los modernos á nadie, yo no voy al barrio latino donde Verlaine trataba á estudiantes americanos. Es una indolencia grande que nosotros los franceses no sepamos de Udes. más frecuente. En Londres se lee al día siguiente el tomo publicado en Berlín.

Literato como necesidad de su espíritu refinado, en las obras de Rod se encuentra la idea marmórea, concebida y llena de un filosofismo consolador; sin llevar el pesimismo enfermizo á las almas de los vacilantes ama la Verdad como exposición sincera de la Belleza, la usa como reveladora del estado psicológico del cerebro y encierra en ella, la expresión de opiniones sanas, nacidas en un espíritu bien dispuesto, espíritu nutrido con enseñanzas vigorosas y sin alucinaciones visionarias de creencias malsanas: tal en «La course á la Morte», moral escuela de heróicos principios filosóficos.

Sus novelas como «Le sens de la vie», «Palmyra Veulard», «La Chute de Miss Topsy», son antes que todo tratados de psicologismo, no del bello psicologismo morboso de las obras de Bourget, tampoco del intrincado y concienzudo del gran observador Maurice Barrés, sino uno atento á los más íntimos desenvolvimientos de las almas, normal, pensado, vivo. «Les protestants côte á côte», es un estudio profundo de las religiones donde una erudición bien aprovechada es fuente de donde brotan las flores raras de las revelaciones de los cultos.

«L'Autopsie du docteur Z», y «La femme d'Henry Vameau» tienen cierta tendencia á Zola en su brillante naturalismo de «Tierra» y «La Ralea».

*
* *

El literato lionés, irguió su cuerpo rechoncho de buen hombre y entrecerrando sus ojos de gruesos párpados me despidió con una frase y un elogio.

Le espero á U. en mis conferencias, señor cubano republicano...!

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

New York 1899.

MACBETH

A pesar del cariño,—poco en verdad,—que les tenía y á pesar de ver siempre sus ojos insistentemente fijos en mi frente y en mis labios, no había querido, por una de esas pequeñas maldades tan comunes en mí, contarles nada.

Pero una noche, despues de haber observado juntos largo tiempo el hermoso color anaranjado de Betelgeuze, el alfa de Orión, y haber escrito dos anotaciones en el márgen de una vieja edición de Hugerines, sentíme, no se por qué, dispuesto á revelarles el secreto de las pequeñas cicatrices de mi frente y de mi boca. Esta última, en el labio inferior, dábame una expresión de ironía, que, os aseguro, á mí que no me burlo de nadie ni de nada, fastidiábame mucho.

Sugestióneles la idea de interrogarme, porque nunca les hubiera dicho nada á no preguntármelo ellos y al fin, díjome Hans, el más jóven de mis dos amigos:

—Querriais, amigo mío, contarnos como os hicisteis esas heridas?

—Sí, siempre que me ofrezcais el no volverme hablar de ellas en vuestra vida.

Prometiéronmelo así, y contéles lo que vais á leer.

*
* *

Indolentemente tendido en mi lecho, con un libro entreabierto en las manos y mi pipa en la boca—aquella pipa culobada por murciélagos,—pensaba en los ojos grises de Macbeth.

Macbeth era una muchachita de quince años, delgada como el tallo de una flor tempranera, de cabellos oscuros, de manos blancas, lujuriosa como una afrodita y mas nerviosa que las notas nacidas del harpa de un ciego.

Pero yo la quería unicamente por sus ojos grises. O á decir verdad, solo amaba sus ojos.

Ojos eran los de ella profundamente grises é inmensamente grandes; frios como una caricia sin amor y de pupilas elásticas y hondas, recordábanme los ojos de mi gatita negra á la que por esta semejanza había puesto el nombre de mi amada.

Nunca los ojos de Macbeth—mi amada,—habian sido míos. En nuestros más grandes espasmos de amor, permanecían fijos como los ojos de mi buho Sesostris é insondables como un misterio de piedra. Hacía yo esfuerzos sobrehumanos, desplegada el arte infinito de mis lujurias aprendidas de las bayaderas hindones y de las cortesanas de París, sin que esos ojos conmoviéranse, sin que ni por un momento, revelaran el placer. Hicela fumar opio, beber atchis, dila cantáridas y absinthio y sólo obtuve la nota más aguda de la sensualidad de todo su cuerpo vicioso, de todo su cuerpo. menos de sus ojos grises.

En la noche en que principia mi relato, había yo recorrido en ella una vez más y sin resultado, mi erudición de hastiado de la carne. Y ya en mi casa, de regreso de la suya, tendido en mi lecho, pensaba en sus ojos, pensaba en ellos con la amarga fruición del que ama y no posee. Ni la caricia de hielo de Astarté, mi serpiente bien amada, que enroscándose á mi brazo, como todas las noches vino á saludarme; ni el vuelo silencioso de mis vampiros cazados en las necrópolis romanas y á los que á veces regalaba con un festin de mi sangre, ni Sesóstris con su lúgubre canto funerario podían arrancarme á mis meditaciones. Ni siquiera mi

gatita negra Macbeth, que echada junto á mí, dejábase acariciar voluptuosamente la piel de su arqueado lomo, más sensible al tacto que la piel roja de los pezones femeninos.

Poco á poco fué apoderándose el sueño de mí; fué al principio un sueño pesado; paisajes polares, llenos de nieves y de brumas; oceanos negros de olas enormes cantando canciones extrañas al chocar contra las rocas; osos blancos, caballeros en icebergs gigantescos, focas de rostros masculinos; y todo esto en medio de una de esas noches de seis meses alumbrada solamente por . . . ¿creeréis que por una aurora boreal, de aquellas que son como rosas de luz florecidas en campos de ensueño? . . . No, alumbrada sencillamente, por los ojos grises de Macbeth.

Después, deshiciéronse las brumas y los paisajes polares y víme en medio de un bosque, de esos del Senegal ó de la América de antaño.

Ruidos extraños por todas partes, conversaciones misteriosas, rugidos como de fieras combatiendo poblaban la atmósfera sensualmente primaveral del bosque de mi sueño. Estaba yo sobre un lecho de hojas caídas; pensaba . . . pensaba . . . difícil me sería decirlo en qué pensaba en esos instantes, pero con toda seguridad—¡cosa extraña!—no era en los ojos de Macbeth.

Hacia rato sentía un hondo malestar en la espalda, cerca de los omóplatos, como si en cada uno de ellos tuviera un trozo de hielo inderretible.

Volvíme, pensando que sería talvez las hojas húmedas y ¡cuál fué mi sorpresa al ver delante de mí á Macbeth á mi amada Macbeth, mirándome fijamente con la mirada de sus ojos grises!

Pero esa fijeza no era la fijeza fría de siempre; estaban húmedos sus ojos con el rocío de la lujuria; sus pupilas dilatadas enormemente prometíanme paraísos de amor; los ojos, frios siempre de Macbeth, me miraban, ¿porqué

no decirlo aunque á mi mismo me parezca inverosímil?... me miraban, oh! felicidad la mía!—con una mirada de amor! . . .

Comprenderéis, amigos míos, mi alegría, diciendos que diera con gusto todas mis noches de vigilia y todos mis días de descanso, por otra noche y otro sueño como aquél, en que los ojos de mi amada Macbeth, frios siempre, tuvieron miradas de amor para mi que los amaba tanto.

Quise balbucear no se que frases y no pude; mis brazos fueron para su cuerpo como el pulpo para las rocas; mis labios besaron sus labios, y sus mejillas, y su frente, y sus cabellos; porqué mis labios, refinadamente sensuales, dejaban para lo último el divino placer de besar sus ojos, sus ojos que entonces eran míos.

Sentía yo sobre mi cuerpo, la suavidad de raso de su piel, y nunca la había sentido más fría; pero en vano buscaba sus pechos, recorrían mis manos su torso de hieródula consagrada sin encontrarlos. Es verdad que esto me contrariaba un poco, pero, ¡qué diablo! pensaba yo: tengo sus ojos! Y dispúseme á besarlos, preparándome á ello con infinitos refinamientos y sensualidades, acercando poco á poco mis labios, oprimiéndola más entre mis brazos, conteniendo la respiración, entornando los ojos sin cerrarlos. Cuando ya los tuve cerca, muy cerca de mí, detúveme. ¡Qué inmenso placer en ese instante! Recordé mis inútiles luchas en la vida, recordé á mis amigos traidores y á mis queridas hastiadas y parecíome que iba, al besar los ojos de Macbeth, que ni ellos, ni ellas conocían, á vengarme de todos y de todas.

Tuve todavía un momento de inercia cerebral, cansada sin duda por mi estado de nerviosa expectativa y del no aún saboreado placer y después . . . después . . .

Chocaron suavemente mis labios con sus ojos; chocaron y fueron hundiéndose más y más en los mares grises de sus pupilas y nunca mis labios encontraban fondo. En

medio de esta sensación de quinta esenciado placer, sentí como dos puñaladas en la frente y después algo como dos cascaditas de agua que resbalaban de ella. Algo parecido sentí en los labios, pero yo que no me explicaba lo que sentía en la frente, creí que lo que sentía en los labios era uno de los muchos glotísimos que había enseñado á Macbeth.

Y seguí besando sus ojos con un beso largo, inacabable . . . Mi cuerpo y el suyo retorciáanse como presas malditas de epilepsia; mis brazos la estrechaban furiosamente y yo sentía los suyos atenaceándome el torax . . . Al fin, llegaron nuestras sensaciones á la cumbre de la lujuria; fué entonces como un rugido el grito que se escapó de sus labios y como una queja el que salió de los míos; sentí, mezclado con un placer sin límites, un dolor insufrible en la frente, en la boca y en el pecho y . . . no recuerdo más porque la continuación de mi sueño fué un pesado desvanecimiento sin luces, sin colores y sin sonidos . . .

—Y? . . .

—Y al día siguiente, al despertarme, ví á mi gatita negra Macbeth, muerta entre mis brazos, ahorcada por mis manos, con sus patas delanteras sobre mi frente, las traseras en mi pecho, con sus labios siempre rosados y entonces pálidos mordiendo uno de los míos, pero,—horror sientto al decirlo!—con sus ojos grises abiertos, abiertos y con vida, con vida y mirándome fría é irónicamente . . .

No fué su venganza de mi crimen inconsciente el dejarme grabadas en la frente con las uñas de sus patas estas como flores de sangre; no fué tampoco el despedazar con sus dientes de feligno las carnes de mis labios . .

Su venganza fué el morir con los ojos abiertos, con esos ojos que me recordaban los ojos grises, enormemente grandes y eternamente frios de Macbeth, mi amada . . .

OCTAVIO ESPINOSA.

NOTAS DEL MES

LAS REVISTAS

Revistas Francesas—Mercur de France —La Revue Blanche—Revue de Paris —L'Ermitage—L'Humanité Nouvelle—L'Art Decoratif—Revistas Españolas—Revista Nueva—Revistas Portuguesas—A Arte—Revistas Americanas—El Cojo Ilustrado.

Mercur de France—No se diría sinó que los estudios de erudición de esta revista, han sido confiados por entero á Remy de Gourmont. En mis crónicas mensuales, he tenido ocasión de hablaros frecuentemente del autor de *Le Vieu Roi*. Si quereis daros cuenta de la importancia de la escritura, de sus defectos, de su desenvolvimiento y de las fases que ha revestido en el trascurso del tiempo, leed *Del Estilo*, último trabajo de este autor, publicado en el *Mercur* de Abril, y que es como la segunda parte de *La Filosofía del Cliché*, de que os conversaba recientemente.

En sus páginas hallareis algo más que devaneos de la imaginación; os encontrareis, ante todo, con un espíritu admirablemente cultivado, que os conducirá, sabiamente, por entre eruditos caminos, despertando en vosotros con subileza única, pensamientos que se dirían dormidos en la inteligencia, y os recomendará, además, la precaución de apartaros de los sitios comunes, previendoos sus peligros.

«Para ser un escritor, dice Remy de Gourmont, basta tener el talento natural de su profesión, ejercer esta profesión con perseverancia, instruirse un poco más cada mañana y vivir todas las sensaciones humanas. En cuanto al arte de «crear imágenes», es necesario creer que es absolutamente independiente de todo cultivo literario, puesto que las más bellas imágenes, las más verdaderas y las más atrevidas, están contenidas en nuestras palabras de todos los días, obra secular del instinto, floración espontánea del jardín intelectual.»

El autor de *La Leyenda de Santa Liberata*, M. Ferdinand Herold, publica algunos fragmentos líricos sobre *Las Bacantes*.

Poesía tranquila y melancólica, es la de este artista—versos libres son los suyos, pero tan llenos de armonía, que se creería oír la flauta de Pan entre el canto de sus Hetairas ó bajo la gloria de sus maravillosos asuntos:

«Ved pasar la teoría
 De las Bacantes y de los Sátiros:
 Humo, incienso claro de Asiria
 Tierra, haz correr el vino,
 La leche y la miel de las abejas!
 Ved: el Dios mismo vela,
 Y nos guía, la tea en la mano.
 Ved flotar su cabellera;
 Apresura los coros vagabundos.
 Escuchad: su voz clara y segura
 Sabe ritmar la carrera y los saltos.
 Habla: «Corred, oh Bacantes,
 Delicias del Tmolos dorado,
 Seguid las rutas olorosas:
 Corred, oh Bacantes, corred!
 Entre las piedras y los musgos
 Corred, oh Bacantes divinas!
 Mezclad vuestros gritos á la voz dulce
 De las flautas, sobre las colinas,
 Sobre las colinas!
 Evohé, Bacantes, evohé!
 Cantad Dionisios, oh Bacantes, cantad!»

La Revue Blanche—Abril 1º 1899—Algunas cartas inéditas de Stendhal al conde Cini. De M. Thadée Natanson, una página de bien argumentada crítica sobre la *Exposición* de pintura abierta en las galerías Durand-Ruel, de París, y á la que han contribuido con trabajos Odilon Redon, Mauricio Denis, Valloton, Charpentier, Bonnard, Vuillard, etc., etc.

Primera parte de una novela de M. Boullenger y continuación de *La Cálíneuse*, de M. Hugues Rebell. De Remy de Gourmont, algunas enseñanzas sobre gramática y deformación. Sobre la exposición Camilo Pissarro, interesantes notas de M. Felicien Fagus.

Revue de Paris—1º de Abril— Del Maestro Camille Saint Saëns algunas serias reflexiones sobre la exégesis wagneriana. M. Saint-Saëns admite que Ricardo Wagner sea un génio, como Shakespeare, Dante, Hugo, pero no un Mesías, como se ha dicho del autor de *Lohengrin*. «El tiempo de los dioses, ha pasado», dice M. Saint Saëns.

«Con su ingenioso sistema de *Leitmotiv* (oh la espantosa palabra!) Ricardo Wagner ha extendido todavía el campo de la expresión musical, haciendo comprender, bajo eso que dicen los personajes, sus más secretos pensamientos. Este sistema había sido entrevisto, bosquejado ya, pero se prestaba poca atención ante la aparición de las obras en donde ha recibido todo su desenvolvimiento. Y se quiere un ejemplo muy simple, elegido entre mil? Tristán pregunta: «¿Dónde estamos?» «Cerca del fin», responde Iseult, sobre la misma música que precedentemente acompañaba las palabras «cabeza entregada á la muerte» que pronunciaba ella en voz baja, mirando á Tristán; y se comprende inmediatamente de que «fin» quería hablar. Es eso de la filosofía ó de la psicología?»

«Mientras los comentadores se limitan á describir las bellezas de las obras wagnerianas, salvo una tendencia á la parcialidad y á la hipóbole, de la que uno no puede asombrarse, no hay nada que reprocharles, pero desde que entran en lo vivo de la cuestión, desde que quieren explicarnos en lo que el drama musical difiere del drama lírico y este de la ópera, porqué el drama musical debe ser necesariamente simbólico y legendario, cómo debe ser pensado musicalmente, porqué debe existir él en la orquesta y no en las voces, cómo se preciaría aplicar en un drama musical, la música de ópera, que es la naturaleza esencial del *Leitmotiv*, etc., desde que quieren, en una palabra, iniciarnos en todas estas bellas cosas, una niebla espesa desciende sobre el estilo; palabras extrañas, frases incoherentes aparecen derrepente como diablos que salieran de sus cuevas; brevemente: por exprimir las cosas por palabras honorables, no se comprende más nada de nada. Y luego no es necesario para eso remontarse hasta la fabulosa y efímera *Revista Wagneriana*, que declaraba un día á sus lectores estupefactos, que en lo sucesivo sería redactada en lenguaje inteligible; los escritores, aún los más preparados y ponderados, no escapan al contagio.

«Dotado por la naturaleza de un fondo de ingenuidad que los años no han podido llegar á agotar, he tratado de comprender durante largo tiempo. No es la luz la que falta, me digo, es mi vista que es

mala; acusaba á mi imbecilidad nativa, hacía los esfuerzos más sinceros para penetrar el sentido de estas disertaciones; si bien que un día volviendo á encontrar estos mismos razonamientos ininteligibles para mí, bajo la pluma de un crítico, cuyo estilo tiene de ordinario la limpieza del cristal de roca, le escribí preguntándole si él no podría, en atención á la debilidad de mi vista, alumbrar un poco la linterna. Tuvo la ocurrencia de publicar mi carta, seguida de una respuesta—que no respondía ni aclaraba nada, y dejaba las cosas en el mismo estado de antes.»

La Revue de Paris viene publicando, desde hace ya varios números, las *Notas sobre la Vida*, de Alfonso Daudet. Encantadora y amena resulta la lectura de las últimas páginas del novelista francés. Son notas sobre la vida, cosas que el pobre *Petit Chose* ha visto ó experimentado, dolores que han ido acumulándose sobre su alma, unos tras otros, en la sucesión de los días, vividos por él tan amargamente, empero sus triunfos de arte y su humor delicioso. Segunda parte del estudio sobre el poeta norteamericano Rudyard Kipling, de M. André Chevrillon. Hé aquí un autor que no conocía y un crítico cuyo poder ignoraba. Rudyard Kipling es un novelista y un poeta de la América del Norte, cuyas obras están traduciéndose al francés. El *Mercure de France* acaba de publicar una que lleva por título *La Livre de la Jungle*, en la que los animales—perros, tigres y focas—actúan como personajes.

Si esta obra del escritor yankee hace que sea apreciado su estilo y conocida una de las diferentes modalidades de su espíritu de novelista, el estudio de M. Chevrillon contribuye á ello eficazmente, puesto que su trabajo abarca casi por completo su vida y su obra.

L'Ermitage—Abril—Si habeis leído las *Baladas Francesas* y *La Novela de Luis XI*, de Paul Fort, no os sorprenderán sus divagaciones sobre los *Juegos del Invierno* y de la *Primavera*, que *L'Ermitage*, la revista selecta de los modernistas de Francia, trae en su última entrega. Paul Fort nos habla en ellos de cosas dulces, de las melancolías de invierno, de los paisajes sugerentes, de los ojos claros, de los cabellos rubios y de los amores angélicos.

Francis James penetra en lo interior de las cosas humildes y nos conmueve el corazón, narrándonos sus tristezas. James es un poeta que sencillamente, amorosamente, sabe atraer la atención del que lee sus poemas, como en *Del Angelus del Alba al Angelus de la Tarde* ó sus artículos en prosa como en *De las cosas*.

M. Francis James sabe evocar los asuntos desaparecidos, acercarlos

hacia nuestro corazón y poco á poco, cuando uno menos piensa, no se diría sinó que forman parte de nosotros mismos. Ama intensamente, con amor cristiano, las cosas inanimadas y por eso es que las interpreta. El juguete abandonado porque se ha muerto su dueño, la jaula vacía porque su único habitante ha partido, el taller solitario, frío, la fragua apagada, la herrería amada en la niñez y frecuentada, cariñosamente, al regresar de la escuela, todas estas cosas en que van unidas tantas alegrías imperecederas, tienen para Francis James una atracción misteriosa, coronada de prodigiosos encantos. Leedlo y luego decidme si no las amais verdaderamente.

L'Ermitage ha hecho traducir *El Canto del Hacha* del poeta Walt Whitman; publica además una carta inédita de Montesquieu y un precioso dibujo fuera de texto, *La Ronda*, de Armando Point. En resumen: un número de exquisita lectura.

L'Humainté Nouvelle—Mayo 1.^o—Esta revista da á conocer á sus lectores un importante fragmento de Karl Marx, el célebre socialista alemán. Este fragmento formará parte de un libro que aparecerá en breve bajo el título: *Crítica de la Economía Política*. En *El dinero ó la circulación simple*, Marx determina la función del oro y de la plata en tanto que mide valores y muestra las relaciones de estos dos metales de cuño; el traductor M. León Remy ha vertido excelentemente el pensamiento del maestro tan difícil de coger á veces.

Después de la ciencia literaria de M. Dumont-Wilden, la crónica musical de M. Cammaerts, la crónica teatral de Mlle. Judith Cladel, sigue el análisis de las revistas y de los libros de todas las lenguas, debidos á célebres personalidades, como Elisco Réclus, De Greef, etc. La entrega anterior contenía un magnífico artículo de nuestro colaborador José Ingegnieros, sobre *El socialismo en la Argentina*.

L'Art Decoratif—Revista internacional de arte industrial y de decoración, número de Marzo.—Estupendos grabados representando paisajes del Norte—Alemania y Noruega—Brillantes reproducciones de artistas ingleses y daneses, Arras y Jacobsen. De este maravilloso artista vereis cosas que os asombrarán sin duda alguna. Sus esculturas son de una audacia de pensamiento y de imaginación casi excepcionales, semejantes únicamente á las «aguas fuertes» de Felicien Rops y James Ensor. Sus esculturas: *La muerte se agrega á los pasos del hombre y lo sigue como una sombra*, *Pequeño hechicero*, *El militarismo*, *La hechicera del fondo del mar* y ciertos mascarones de arquitectura, de orna-

mentacion todos ellos, no pueden haber salido sinó de los delirios de una fantasía portentosa atraída por lo sobrenatural y macabro. Después de un comienzo más ó menos dichoso en las vías ordinarias, -- comienzo del que el museo de Copenhague guarda recuerdo, en un grupo trivial del artista—Jacobsen se dedicó de pronto á tallar en la piedra esas cosas que son todavía fisonomías, cabezas, pájaros, en una palabra todo eso que puede sugerir el mundo exterior, pero que ante todo pertenecen al ornamento.

L'Art Decoratif anuncia los laureados de su tercer concurso «escritorio y su sillón»: 1er premio (1000 francos), M. Georges Lemmen; 2º premio (300 francos), M. Maurice Dufrené; 3er premio (200 francos) M. H. Sauvage; 4º premio (100 francos), M. Louis Spane; Menciones: M. M. Emile van Averbeké; y A. Rolund.

Revistas españolas—Revista Nueva 25 de Marzo—Si la *Revista Nueva* no es la mejor que se publica actualmente en España, es por lo menos la más aristocrática, la más nueva, la más refinada y exquisita. No sé por qué al verla he pensado en *L'Ermitage* de París, esa monada de un corto número de intelectuales de Francia. Por el sumario de las entregas anteriores veo que la *Revista Nueva* ha publicado trabajos de firmas reconocidas. La que tengo enfrente, por ejemplo, trae una comedia fantástica de Shakespeare, refundida y puesta en castellano por Jacinto Benavente, ese exquisito de España que Ruben Dario ha hecho conocer en Buenos Aires De Ruben Dario un artículo *Las casas de las ideas*, delicado, como todo lo suyo; de Miguel Unamuno, algunas reflexiones sobre el *Socialismo de Castelar*, entre las cuales, tomo la siguiente: «Ignorante es sin duda, un labriego, que, aunque entienda de las labores de la labranza, no sabe leer; pero no es, en última instancia menos ignorante, quien escribiendo á la continua acerca del socialismo, aun no se ha enterado de lo que éste sea y signifique. Es lo que le ocurre á nuestro ilustre grafómano, que con tanto escribir, no encuentra por lo visto, tiempo para estudiar con la debida calma.

Más no, no hay que ser injustos con él. Lo que le pasa es que teniendo que vivir de su trabajo, se encuentra encerrado en terrible círculo vicioso, escribe para comer y come para escribir.

Pesa sobre Castelar, como sobre otros de su mismo tiempo, la obsesión del socialismo de Estado, que confunden con el de los socialistas del pueblo. Educados en el liberalismo de la vieja escuela manchesteriana, imagináanse que el socialismo es la expropiación á viva fuerza, la muerte de la iniciativa individual, la destrucción de los des-

niveles que engendran el movimiento que diría Echegaray (otro fósil en esto), la reglamentación de todo, el exceso de legislación, la ingerencia del poder central en la esfera de acción del individuo y qué se yo cuántas atrocidades más, entre ellas el corriente y enorme despropósito de que el socialismo es el proteccionismo extendido á todo. No ven ni aun lo que vió al fin de su vida el perspicacísimo Stuart Mill. Todo lo miran desde el punto de vista nacional, y no logran digerir el sentido internacional del socialismo, que es la más lógica consecuencia de la escuela liberal, la economía, de aquella gloriosa y fecunda escuela, á cuya letra siguen adheridos repeliendo su espíritu ensanchado. Es difícil persuadirles de que el socialismo de Estado, el autoritario é impositivo es cosa muy distinta, y de un sentir opuesto al socialismo internacional, popular y democrático. Se les ha agarrado á las telas de la sesera como una garrapata todo aquello del enervante panteísmo político.»

Una paginita vibrante del señor Luis Ruiz Contreras sigue al trabajo del señor Unamuno y luego pequeños artículos de E. Gómez Carrillo, Matheu, etc., y oportunas consideraciones sobre el movimiento de las revistas en general, y en particular, sobre las americanas. «Solo de Buenos Aires, dice el articulista, hemos visto varias revistas que merecen atención. La de *Historia Derecho y Letras*, algo así como *La España Moderna*, contiene buenos trabajos en sus voluminosos fascículos; *La Quincena* y *Buenos Aires* del corte de *La Ilustración Española* y *Americana* publican texto y grabados primorosos; *La Nueva Revista* promete ser una especie de *Blanco y Negro*, y sobre todas y ante todas, *El Mercurio de América* es resumen y compendio excelente del movimiento intelectual. En sus páginas aparecen los nombres de Ruben Dario, nuestro huésped ahora, de Leopoldo Lugones, de Leopoldo Díaz, de Luis Berisso, de José Ingegneros, de Ricardo Jaim Freyre y del director Eugenio Díaz Romero, el cual, aunque no tuviera otro mérito que haber sabido formular una publicación tan intensa y equilibrada como *El Mercurio de América*, sería solo por esto, digno de loa.»

Muy agradecidos á los conceptos 'del colega, hacemos votos porque alcance en España y fuera de ella, la misma cariñosa acogida que nos dispensa á nosotros.

Revistas portuguesas—A Arte— Fascículo H (año 2º) Con colaboración de Rafael Altamira, René Ghil, Teixeira Gómez, Severo Portella y otros buenos escritores de Francia y Portugal.

Revistas Americanas — *El Cojo Ilustrado* — El último número que ha llegado á nuestras manos inserta un magnífico artículo de Díaz Rodríguez, apropósito del libro *Trovas y Trovadores* del poeta Blanco Fombona y un cuento de Pedro Emilio Coll.

Lo demás, discreto.

Revista Moderna, México — Buenos trabajos de José Juan Tablada, Valenzuela, Balbino Dávalos y Ciro B. Cevallos. Los versos de Rubén Darío é Fray Mamerto Esquiú, delicadamente ilustrados. Ese Julio Ruelas, es fuerte.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

LETRAS AMERICANAS

MEMORIAS DE UN LUCHADOR, por Nicolás Augusto González. — *Los apóstoles del liberalismo en América, J. M. Vargas Vila, González Prada, Juan de Dios Uribe, Santiago Pérez Triana.*

La muchedumbre tiene por verdadero lo que inventa el odio. Sobre los grandes hombres se arrastra un gusano, la mentira. Toda frente ceñida de rayos véese molestada por las espinas; todo astro tiene por manto las infames tinieblas.

Habreis reconocido la voz de Hugo en los apotegmas que anteceden. Así empieza el capítulo *Los crucificados* en la epopeya relampagueante de *El año terrible*. Esa página me venía ayer á la memoria, al recibir de un colega peruano, Remigio B. Silva la introducción escrita por el señor González, á su obra en prensa *Memorias de cuarenta años*, que dará á luz, en Lima, el editor Prince. Gran parte de ella voy á reproducirla aquí. La creo la manera más eficaz de dar á conocer una personalidad totalmente ignorada entre nosotros.

Pero, antes, considero indispensable decir dos palabras, acerca del publicista que hablará en breve y de los propagadores del liberalismo en América.

Nicolás A. González—oriundo de Guayaquil (Ecuador)—patria del iluminado polemista y literato que se llamó Juan Montalvo—pertenece al grupo osado y vocinglero, que lleva por lema la muerte y el exterminio de la clerocracia; grupo de agitadores y publicistas que andan siempre errantes como ciudadanos sin hogar, perseguidos por el bando

enemigo con una saña y sed de venganza feroz, dispuestos á no cejar hasta no ver sus estandartes triunfantes.

Vargas Vila—«el apóstol»—desterrado en Nueva York, donde se había dedicado al arte, produciendo entre otros brotes, esa admirable *Flor del Fango*, deja de pronto la metrópoli neoyorkina, vuela á París y vuelve á la pelea.

En carta reciente, me dice: «He venido aquí con varios objetos; dar á luz mi nuevo libro: *Væ Victis*; resucitar en esta ciudad mi periódico de Nueva York: *Hispano América* y publicar mi folleto: *Ante los Bárbaros*, que será el principio de mi campaña contra el filibusterismo americano, mi grito desesperado ante la invasión de los yankees en nuestra América querida; campaña y grito que continuaré hasta agotarme ó agotarlos en las hojas de mi revista.» Y agrega: «Yo no soy sino un escritor político que se sirve de la literatura como un medio de propagación de sus ideas. Amo al arte, en cuanto el arte sirve á la libertad. La idea de ser clasificado entre los literatos profesionales, me entristece. Escribo cuentos y novelas como escribiría versos, si la poesía se hiciera un día la forma usual y tempestuosa del periodismo y la tribuna. En mi nuevo libro verá Vd. lo que yo he sostenido siempre: que yo no hago obras de arte, sino obras de combate, que no soy un escritor hecho para el deleite de las almas sensibles, sino un luchador hecho para el consuelo de las almas combatientes.» Francamente, no sé si celebrar ó lamentar que quien en los Estados Unidos trabajaba en cosas menos útiles que la política, pero más trascendentales y duraderas, abandone las letras, para volver á tronar.

Bastará recordar el sacrificio heroico de Martí, que se hizo matar por la libertad de esa misma isla desgraciada—la cual no tardará en pasar á manos mercenarias, y que toda entera no valía aquella vida—para comprender lo utópico de esfuerzos tan nobles y generosos.

Vargas Vila podría llegar á ser una luz en la literatura americana, prefiere hacer del arte un medio de propaganda antes que un fin! Los que estimamos su talento, respetamos su decisión, simpatizamos con sus ideales de justicia, le damos nuestro voto; pero sentiríamos de veras que las luchas políticas acabaran por malograr al artista.

González Prada, otro agitador, otro neurótico enfermo de Libertad, después de recorrer el continente, flagelando con vehemencia inusitada al fanatismo y á las oligarquías imperantes, regresa á Lima, donde da conferencias y escribe panfletos demagógicos, empapados en sangre

en vez de tinta. Más tribuno y panfletista que artista, no dejará huella profunda en pos de sí.

Juan de Dios Uribe sigue en los Estados Unidos, blandiendo el hierro rojo de la fragua contra Caro, Marroquin y demás conservadores, que han tomado por asalto el gobierno de Colombia, llenando las cárceles de libre pensadores y ateos. Es otro espíritu que muere para el arte.

Santiago Pérez Triana, cerebro sólido y vasto, hastiado de luchar en vano, se pasea por Europa meditando una obra histórica, más duradera y fecunda que un manifiesto político. Y Nicolás Augusto González, expulsado de Guayaquil, se establece en Lima, donde comenzará á publicar lo que él llama su testamento filosófico y literario. Al revés de Vargas Vila, «su musa, desengañada del falso brillo de las coronas que la Política prodiga, vuelve al altar de la Belleza». Lástima que el arrepentimiento sea tardío!

El señor González está lejos de ser una personalidad de la talla de las nombradas, aunque algunas veces se sienta circular por sus cláusulas verbales el soplo poderoso de la pluma que trazó *Los siete tratados*! Ha diazmironizado en verso. Tiene 40 años. Es miembro correspondiente de la Unión Ibero Americana de Madrid, de la Sociedad Científica de Caracas, del Círculo Literario de Lima y de la Academia de la Historia de Venezuela.

Se ha sentado en las bancas del Congreso y no como un mudo. Arriba y abajo, siempre intransigente, siempre bravío. Resultado de su lealtad, la traición y el inevitable ostracismo.

Estas figuras, entre nosotros, donde los odios políticos no existen casi por efecto del progreso, serían tan anacrónicas como imposibles, mientras que en el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú y las repúblicas del Centro, sobre todo en éstas últimas, —que tan presto se unen como se separan, manejadas por el sable de caciques advenedizos y que no se tranquilizarán hasta que el gannate yankee se las trague, para bien de la civilización continental;—se explican. Allí hay divisiones y luchas tremendas por cualquier causa. Y la principal, por lo común, es la Religión. Suben los *liberales*, dictan leyes y hacen la guerra á muerte á los *católicos*. Están en el poder los sucesores de Loyola, las derrojan, se olvidan de la constitución y obligan á comulgar, quieras que no, al pueblo entero, convirtiendo las escuelas en conventos. Estas anti-monías, contempladas con desapasionamiento, debieran ya haber desaparecido. Se justifican en los días caóticos de la organización em-

brionaria de los pueblos, pero no después de un siglo de independencia. Libertad, implica tolerancia, y querer imponer *creencias* en este fin de siglo, en que el anarquismo y la dinamita por cuestiones capitales de vida ó muerte tienen la palabra, resulta de una ingenuidad boba. Todo exceso trae por fuerza una reacción. Cuando los liberales han abusado de la libertad, cometiendo arbitrariedades, han caído; cuando los clericales han querido imponer las sotanas y los torcionarios, han caído también. Ahora bien, todos estos bizarros paladines, muchos de ellos sanos y patriotas, siguen tronando y rugiendo como los oradores de la Convención. Diminutos Dantones anacrónicos!

Es hora que las naciones hermanas de América cierren la era de las divisiones religiosas y de los antagonismos sectarios, con su séquito de asesinatos y revueltas, de que nos tiene hartos el telégrafo!

Volviendo al señor González, y ya para concluir, diré que la página que vá enseguida, no toda serena y del mismo pulso, diseña al escritor y revela al propagandista. En el curso de su disertación avanza ideas personalísimas, sin fundamento sólido, confundiendo á veces la verdad con la paradoja, como cuando profetiza que lo único eterno es la ciencia. ¿Y el *Sol*? Va desacertado cuando afirma que la América del Sud no ha dado aún hombres de talla universal. ¿Y Bolívar? ¿Y Caldas? ¿Y Sarmiento? ¿Y su compatriota Montalvo? Acierta, al decir que por unos cuantos publicistas hay récua de abogadillos audaces y ambiciosos que aplican las leyes sin honradez. No carece de verdad su diagnóstico sobre el Arte y la política general de América. Respira sinceridad su profesión de fe literaria y espiritualista; pero se equivoca en su juicio sobre lo misterioso y lo sobrenatural. Habla del mal de la guerra con el sentido superior de Alberdi, y la estigmatiza. Interesa favorablemente, cuando explica su situación angustiosa, las persecuciones de que fué blanco en su agitada vida pública, y bajo que estado de espíritu y de bolsa ha tenido que escribir sus *Memorias*.

La introducción, que presento como primicia á los lectores de *El MERCURIO*, hace esperar que las *Memorias* del señor González, resultará un libro interesante por las revelaciones que promete, revelaciones llamadas á tener honda repercusión dentro y fuera de las fronteras de América.

LUIS BERISSO.

«I—Abarca mi obra un período de cuarenta años, y voy publicarla viviendo aún, para desafiar las iras de los infames á quienes fustigo,

y para defenderla de los ataques de los interesados en falsear la Historia. Si lo consigo, se habrá cumplido el más ardiente deseo de mi vida: dejar un rayo de luz, que ilumine las sombras amontonadas por la envidia y la desgracia sobre mi nombre. Si por desdicha los editores, ocupados en imprimir novelas pornográficas ó novenas de fácil salida, dejan mis manuscritos apollillarse, encargo á mi esposa y á mis hijos que hagan cualquier sacrificio por no dejarlos inéditos.

II—Como en América todo es aún pequeño, excepto la Naturaleza, no hallarán los lectores de este libro, como en las *Memorias* de Chateaubriand, por ejemplo, nombres como el de Napoleón, que pertenecen á la historia de la humanidad; ó como los de Metternich, Talleyrand, Canning, Martínez de la Rosa, Mendizábal, Montmorency, Víctor Hugo, Jorge Sand, Mad. de Stäel, Mad. de Recamier, Pío VII, el emperador Alejandro Talma, Benjamín Constant, etc., que en la política, las ciencias, las artes, la guerra y el amor, llenan los anales de las crónicas europeas. ¿Qué culpa tiene el pintor de reproducir tan sólo lo que se pone al alcance de su pincel? Si Dante ó Miguel Angel vivieran hoy en América, ni el primero podría escribir, por falta de asunto, su *Divina Comedia*, ni el segundo trazar su célebre *Juicio Final*, porque no tendría modelos, ni Capilla Sixtina digna de contenerlo.

III—Somos pueblos muy jóvenes y no hemos tenido tiempo de cometer grandes crímenes, ni de practicar grandes virtudes, ni de adquirir grandes glorias. Vivimos en perpetua anarquía, sometidos al régimen oligárquico, como en Chile; al régimen teocrático, como en el Ecuador; al régimen conventual, como en Colombia; al régimen militar, como en México, Venezuela y el Brasil; al régimen de las facciones, como en Centro América; al régimen del papel moneda, como en la Argentina; al régimen de las imposiciones, como en el Uruguay y el Paraguay; al régimen empírico como en Bolivia.

IV—Por unos cuantos publicistas, como Bello, Rocafuerte, Montúfar, Vigil, Alberdi, Bilbao, Pacheco, Lastarria, Sarmiento, Florentino González, Montalvo, Quimper, Cuervo y González Prada, poseemos grandes masas de abogadillos audaces y ambiciosos, que hacen leyes sin meditación ó las aplican sin honradez.

En las letras no hemos sido hasta ahora sino rapsodistas de las escuelas en voga del viejo continente. Olmedo, Heredia y Bello, imitaron á Herrera y á Quintana y probaron que conocían á Virgilio y á Horacio. Los románticos, acallados por la grito insolente y ensordecedora de los decadentes de biberón, fueron maldicientes con Byron,

cristianos con Lamartine, escépticos con Espronceda, hiperbólicos con Víctor Hugo, líricos con Zorrilla; y no fueron lo único que pudieron y debieron ser en un mundo nuevo, exuberante de vegetación y de talento: originales.

V—En la política hemos caído en dos excesos dignos de reprobación: ó la tiranía ó el motín. Rosas, Flores, Francia, Portales, Gamarra, García Moreno, Núñez, Carrera, Melgarejo, Guzmán Blanco, Porfirio Díaz, adueñados del poder; ó Salaberry, Crespo, Alfaro, Ruíz, Sandoval, los Ezetas, Montt, Canto, prostituyendo la libertad, al invocarla como bandera de sus bastardas, personalísimas ambiciones.

Ni hemos educado al pueblo para la República, ni nos hemos cuidado ni nos cuidamos, de que no sirva de escabel á los pretorianos de espada y á los hombres que hacen del altar un escalón de sus ambiciones y dei clero un ejército perfectamente disciplinado.

VI—Por eso, á efecto de que mi libro no sea un inmenso sollozo de amargura, ó una larga protesta contra los vicios que consumen el raquíptico organismo de estas incipientes democracias, he procurado adornarlo con descripciones de la naturaleza; con anécdotas recogidas de labios de viejos amigos de mi padre; con la narración de todos los sucesos de importancia que han conmovido al mundo en casi media centuria; con retratos de políticos, poetas, viajeros, literatos, guerreros, filósofos, reyes, pontífices, gefes de estados, hombres de ciencia, periodistas, criminales famosos, inventores é hijos del pueblo dignos de mención; enlazándolo todo con la pintura de la sociedad americana, especialmente la del Ecuador y la del Perú; y con los acontecimientos de mi accidentada vida y de la vida de aquellos que han estado en íntimo contacto conmigo.

VII—Mi alma fué destinada á la Poesía por un voto de mi santa madre; robóla del claustro el deseo de figurar en el mundo de la política. Violada en ese mundo cien veces por el rencor y el fuego de la lucha, torna, al cabo, avergonzada, trémula y confusa á su retiro, á su soledad, á su vida contemplativa, á la religión del ideal. La Poesía, vírgen y madre, como la Nazarena de la leyenda cristiana, le ha conservado las llaves del jardín que pusieron el estudio y la inspiración á su cuidado; y ella, desengañada del falso brillo de las coronas que la ambición ofrece y la política prodiga á todo el que se prostituye; vuelve, arrepentida y llorosa, á arrodillarse al pié del altar de la diosa Harmonía.

Pero antes de renunciar á la vida de los combates y los dolores,

quiere narrar lo que ha presenciado, para que su odisea sirva de ejemplo á unos y de castigo á otros.

VIII—Para ir á la experiencia, que es la Roma del Juicio, tuve que unirme á la horda de gitanos, que se llaman radicales en el Ecuador; imbéciles, malévolos, que llevan consigo la pesada carga de su brutal ignorancia y nada más. Desgraciadamente me he separado de ellos tarde, y cuando ya me han echado en cara mis enemigos, muchas de las faltas cometidas por ellos, en las que yo no he soñado siquiera ser cómplice.

Esto no quiere decir que yo haya apostatado de las ideas de progreso: mi libro lo dirá.

Mi buena fé, mi abandono, mi anhelo de llegar, me perdieron. Demasiada buena índole debo tener, cuando no he terminado en el patíbulo ó en algún ministerio, como casi todos los de la banda.

En cierta ocasión, dije esto mismo en un diario de mi vida anémica, y los bandoleros me llamaron apóstata, sin preguntarme si mi credo había cambiado junto con mi confianza en algunos hombres. No lo hicieron, porque son ellos los que jamás han defendido ningún credo, quienes se asustan de las reformas, quienes hacen revoluciones á medias. Después, no contentos con eso, me llamaron *traidor á la patria*. ¿Por qué? Porque no quise verla humillada, porque no insulté al Perú, porque creí honrado decir la verdad, cuando se vivía en una atmósfera de intrigas, «cuando se aspiraba un aire cargado de las exhalaciones del éter de infames mentiras y no del oxígeno de la verdad».

¿Debo aún explicar las razones que he tenido para azotar con mi frase acerada, el rostro de mis antiguos compañeros de viage, los gitanos de la política ecuatoriana?

En los capítulos del libro que va á leerse, se irá, página tras página, descubriendo todos los motivos que han influido en mi ánimo para romper con mi pasado y para dolerme de los años que he perdido en *arar en el mar*. En ellos se encontrarán pruebas de la pequeñez, de la perfidia, de la crueldad, de la soberbia, de la cobardía y de la infamia de ciertos políticos, que han hecho, no solo del Ecuador sino de la América entera, un antro de iniquidades y ambiciones, robos, perjuros, traiciones y asesinatos.

IX—En estos últimos cuarenta años, han realizado las ciencias físicas y naturales, portentosos descubrimientos y han reformado ó mejorado los de antigua data; la prensa ha adquirido una importancia colosal; la filosofía ha derribado, á golpe de hacha, los árboles de las viejas escue-

las, carcomidos por el tiempo, helados por el invierno de la indiferencia; la música ha efectuado una revolución en el mundo de la armonía; el derecho ha preparado el predominio de la razón en la sociedad y en los pueblos; la instrucción se ha difundido por todas partes y la democracia ha encontrado el sendero del porvenir.

Nubes plomizas obscurecen aun el horizonte, sin embargo. La tradición no cesa de luchar por adquirir el predominio perdido en las conciencias y en las naciones; el patíbulo alza aun su sangrienta cuchilla sobre la cabeza del hombre y la guerra se impone, en dolorosas ocasiones, como una necesidad.

En el corto lapso de cuarenta años, ha habido veintiseis grandes guerras en el mundo.

Agréguese á ellas, las guerras civiles de toda la América; los ataques de las potencias europeas á los pueblos de este continente y de Africa; la enumeración de batallas, asaltos, escaramuzas, bombardeos, combates navales, etc., y dígaseme si no podrían haberse escrito muchas páginas de esta obra con sangre, en vez de tinta.

La Tierra ha sido un vasto campamento; y el siglo, que se precia de haber establecido, como ley internacional, el arbitraje, resultará, al cabo, uno de los siglos más guerreros de la Historia. El instinto atávico de la fiera, se sobrepone aún á las conquistas de la ciencia y á la cultura de la civilización.

X—La galería de retratos de mi libro, es de lo más completa, bien que algunos no alcanzan á ser sinó bocetos. Habría necesitado escribir cuatro grandes tomos, como la *Historia Universal*, de Cantú, para poder detallar la vida de cada uno de los hombres en quienes me ocupo. Quizá si la fortuna me hubiera mimado, si no hubiera tenido que luchar por la vida, con la desesperación con que lucha con las olas el náufrago en la mitad del océano, habría podido realizar ese que llamarán esfuerzo gigantesco, quienes no conozcan mi manera de trabajar. El tomo primero de esta obra, quedó completamente arreglado, copiado y listo para imprimirse, del 2 de Marzo al 30 de Mayo de 1898, es decir, en el transcurso de poco ménos de tres meses. Y consta de más de 3.000 páginas manuscritas, en cuartillas de cincuenta centímetros de largo por treinta de ancho. Y esto en las noches únicamente, pues durante el día érame imposible trabajar, oyendo los gritos y los llantos de mis hijos, en el reducido espacio de dos habitaciones de diez piez cuadrados. Dígaseme, ahora, si pudiendo encerrarme en un buen escritorio, con una abundante biblioteca y con uno ó dos secretarios

para que, por lo menos, sacaran copias de los documentos y de las citas, habría podido, ó no, como era mi deseo, escribir una obra monumental de Historia Contemporánea.

XI—Yo no he tenido libros, porque todos los que tenía los he vendido, para que mis hijos comieran en estos días de horrorosa miseria. Guiado tan solo por mis recuerdos, por las citas y documentos que he recopilado en largos años, por la minuciosa correspondencia de mi padre y mía, y por algunos folletos que debí á la cariñosa bondad inagotable de D. Carlos Prince; emprendí esta obra, porque no quise morir sin dejarla escrita. En algunos capítulos me sirvió de secretaria mi buena y santa esposa, á la que dictaba yo, abrumado de cansancio por la ruda faena diaria, esas páginas íntimas cuando mis tiernos pequeñuelos dormían.

En la lucha desigual y tremenda con una existencia llena de penalidades, yo no he caído, como lo pruebo en estas memorias, porque ha habido un ángel que me ha confortado, como á Jesús en el huerto de los olivos.

Ese ángel ha sido la mujer con quien en buena hora enlacé para siempre mi destino. Inteligente y valerosa, ella me ha ayudado á sobrellevar los dolores de la vida, si no con una resignación que á ella y á mí nos parece estúpida, al menos con una prudencia que me ha alvado de las adversidades de la deshonra ó del suicidio.

XII—Raro es el acontecimiento notable de que no me ocupe yo en este tomo de mis memorias, desde 1859 hasta 1872.

He querido seguir en mi libro el rumbo que traza Bossuet, á los escritores de historia, en su *Discurso sobre la Historia Universal*; imitar la division que establece Draper en su *Historia del desarrollo intelectual de Europa*; y adornar la aridez de la narración, tratando de imitar el inimitable estilo del duque de Saint Simón y de Chateaubriand.

Bossuet describe con una elevación y rapidez inconcebibles, el engrandecimiento y decadencia de los imperios. Su elocuencia no tiene igual; pero para mí, la tercera de las partes en que el gran escritor divide su trabajo, es la mejor. La cronología de la primera parte, demuestra, es verdad, paciencia y estudio; las reflexiones de la segunda, sobre el estado y verdad de la religión, se resienten de falta de conocimientos de cierto género; conocimientos que en aquella época no era posible alcanzar. Brilla en esta parte la elocuencia tribunicia del orador sagrado; pero no se descubre en ella la lógica del filósofo frío y analizador, que no lo subordina todo á una idea preconcebida, y que se cuida

de las objeciones; pues Bossuet sabía que sus palabras tendrían una autoridad indiscutible para sus contemporáneos. En cambio, las sólidas observaciones de la tercera parte, sobre las vicisitudes de las monarquías antiguas y modernas, no pueden ser comparadas sino con las admirables reflexiones de Draper, acerca de las causas de la decadencia del pontificado y de la iglesia católica.

.XIII—Como en lo que acabo de decir se descubren mis ideas de libre pensador, debo, antes de terminar, hacer aquí una declaración de principios filosóficos.

Reintegrado el hombre en el goce de su libertad moral como Kant quería; gozando de su libertad civil como Locke lo pretendió y la Revolución Francesa lo estableció, al fin, sobre bases indestructibles; el derecho natural debe ser la meta de las creencias humanas. En la lucha por la existencia, como dice Spencer, el individuo es la imagen de la sociedad y la sociedad se desarrolla en la misma progresión del individuo. Desde el salvaje, hemos llegado hasta el hombre civilizado; desde la tribu, hasta la familia; desde la ranchería errante hasta las nacionalidades; desde el absolutismo hasta la democracia; y en esta evolución constante, lo sobrenatural y lo misterioso antes han sido rémora del progreso, que auxiliares del desenvolvimiento de las fuerzas materiales y del desarrollo intelectual de los hombres.

Las religiones no entienden de altruismos y fundan la justicia en el supremo egoísmo de su predominio temporal.

Rompen las leyes de la Física, de la Biología y de las Matemáticas cuando les conviene y abusan de la fuerza con deplorable frecuencia.

Cierto que todas ellas cumplen una misión civilizadora; pero una vez cumplida, no quieren ser reemplazadas por algo más útil y menos fantástico. Se vé sobre la frente de los siglos *il pallor della morte* de que habla Alfieri; crece sobre el sepulcro de las creencias de una época la yerba del olvido; huellan unas generaciones el polvo de las tumbas de las pasadas leyes, con la misma indiferencia con que el pastor que cruza hoy por la campiña romana huella en la *Via Appia* las cenizas del paganismo, muerto junto con el imperio decadente de los Césares corrompidos y bastardos.

Solo la ciencia es eterna, porque no se detiene en sus investigaciones jamás.

XIV—Voy á concluir.

En este libro hablo de todo ésto. El lector hallará en él cuanto su curiosidad ó su interés le hagan desear; pues abunda en anécdotas,

que si parecerán escandalosas, como las que refiere el duque de Saint Simón, no por eso dejarán de ser verdaderas; y en documentos y detalles históricos, casi desconocidos, al menos para la actual generación.

Puesto que escribo mi vida, nada quiero ocultar de lo que sé de la de los demás, aunque haya quien ponga mal gesto, al ver descubiertas sus debilidades ó las de sus antepasados.

Cuanto á la crítica de mis contemporáneos, ni la provocho, ni la temo. Muchos habrá que me injurien y calumnien, como lo hacen hoy; muchos que me vuelvan la espalda y me hieran, sin conseguir abatirme; pero el público americano buscará este libro y al comprender los motivos que me hayan hecho blanco del insulto y de la procacidad de los azotados por mi pluma; colocará á esos críticos en el lugar que les corresponda; y sino yo, por lo menos mis hijos, tendrán la inmensa satisfacción de ver salir ileso el nombre de su padre de entre las llamaradas del incendio.

Mucho han hecho mis enemigos por obligarme á callar; no pudiendo matarme, porque se han encontrado con el hombre cuando han provocado al hombre, y porque les han salido fallidas dos tentativas de asesinato; me han condenado al horror de la miseria. No pudiendo todavía doblar mi altivez, han minado el afecto con que me distinguían algunos hombres débiles, retratándome ante ellos con los más negros colores. Por último, han escrito cartas anónimas á mi esposa, llenas de amenazas, y se han valido de raposas inmundas de la prensa, ó de alguno de esos *amigos*; á quienes he llamado caritativamente débiles y no más, para desacreditar al autor de estas páginas.

Más por encima de todas esas torpes maquinaciones y trabajos de zapa; mi voluntad y mi deseo de venganza han extendido sus alas, y he escrito, y sigo escribiendo, y olvidándome hasta de los hijos, á quienes amo más que á la vida; voy á publicar estas memorias, que encierran la confesión sincera de mis faltas, de las que no pueden ser jueces los menguados que me han obligado á cometerlas; y la enumeración de los crímenes y de las vergonzosas caídas de unos cuantos seres dignos de presidio; así como la relación de hechos heróicos, de virtuosas acciones, de nobles y dignas empresas, de los hombres buenos á quienes he encontrado en mi camino.

LETRAS FRANCESAS.

La Nichina, por Hugues Rebell—*Une volupté nouvelle*, por Pierre Louys, Librería Bredahl, Rivadavia 615; *Amour Etrusque*, por Enacryos, Librería Europea, Florida 314.

La Nichina, por Hugues Rebell.—El joven Lorenzo Vendramin, noble veneciano, después de asesinar á su querida por haberla sorprendido en flagrante delito de infidelidad, tuvo que refugiarse en un convento de hermanos menores á objeto de evitar la persecución que sobrevendría. Destinado á la colecta de limosnas, el grueso y lujurioso monje (Arrivabéne) que le acompañaba, en vez de enseñarle sus obligaciones, llevólo á casa de la célebre *Nichina*, cortesana ya madura, que le narró su novelesca historia. Las memorias de Vendramin constituyen la obra de Rebell que tiene un pronunciado sabor á Boccaccio por la época de los sucesos, la índole de la narración y los personajes que intervienen.

Hasta las aventuras de *Nichina* parecen páginas de El Decameron vertidas en estilo moderno por un sabio traductor de las costumbres galantes que predominaron en la Italia mediceval. Hay viajes en embarcaciones moriscas donde los piratas respetan á las esclavas por causa de un amuleto; hay graciosas damas representando asuntos mitológicos con sencilleces de indumentaria; hay mercaderes impotentes engañados por esposas vengativas, y hay amores locos que manchan como sangre el fecundo suelo de prelados omnipotentes, nobles corrompidos y mujeres homicidas. Pero hay también un Hugues Rebell que salva su obra de cortos alcances, con la delicadeza del dibujo y la sinceridad del estudio.

Esta novela un poco mas comprimida talvez hubiera sido una obra. No obstante, así como es, tiene buenas páginas. El cardenal Benzoni es de aquellos aristócratas de quienes Taine decía: «Al paso que las formas han adquirido elegancia y delicadeza los gustos, han seguido siendo feroces los ánimos y los corazones; esos hombres son cultos y sociables á la vez que guerreros y asesinos... Son lobos inteligentes». (*Fil. del arte en Italia*).

Fassol, hombre fuerte, bello y dominador, que sucumbe á un amor humano hasta el punto de envilecer sus grandes *allures* olímpicas, está magistralmente trazado; como que lo está con amor y ternura: es el «héroe» del autor. En cuanto á los protagonistas Guido y *Nichina*, muy diluidos en aguas de folletín moderno. El pederasta no es un

vicioso y la prostituta tampoco. Esto se explica así: pequeña farsa de excursiones á un ideal enfermo; vale decir, mistificación de un autor que quiere hacer creer en el ideal contemporáneo.

Recomendamos á los que aman el estilo en el escritor, la descripción de la batalla que contemplan Arrivabene y Nichina desde una ruinoso torre. Ha conseguido Rebell, reunir allí «lo bello, lo bueno y lo verdadero» de tal modo y tan sugestivamente entrelazados, que uno siente tentaciones de creer que los retóricos pueden acertar á veces.

Une volupté nouvelle, por Pierre Louys—De la colección «Lotus Alba» acaba de desprenderse un delicado pétalo.

La poesía asiática de Louys cuyo suntuoso esplendor estalló en *Afrodita*, renace befiendo los refinamientos finiseculares, en *Una voluptuosidad nueva*.

Callisto hija de la célebre aulétrida Lamia, brotando de sus cenizas, se aparece una noche el autor é insulta á París por su impotencia. Reivindica para la antigüedad, con la erudicción de un bibliófilo, todos los progresos, todos los inventos, todas las lascivias mentales, todas las contorsiones afrodíticas, y enseña al espantado visionario los misterios de la Milytta asiria ó la Astarté fenicia.

Luego la sabia hieródula, tan perfecta de formas como Callipigia, atristada de no encontrar ni una sola voluptuosidad nueva siente la nostalgia del sarcófago y se dispone á no vagar más por el mundo. Avergonzado, el visionario le ofrece un cigarrillo y Callisto que es el Louys femenino, el autor sabio en lujurias de erotomaníacas, cae en el divan fumando con voluptuosidad la única novedad de las sociedades cristianas.

Con esta obrita preciosa de refinamiento oriental, el exótico autor (*hija legítima* del soberbio Thèò) conserva su invariable fisonomía de mágico sensualista. Su monocorde lira suena aún, pero poco falta para que el sonido se convierta en monótono y la cuerda se rompa de gastada.

Amour etrusque, por Enacryos.—Un rincón de la Etruria misteriosa que dió su sávia á Roma y se desparamó en aldeas y ciudades cuyos nombres ignoran las historias, surge en la obra del encantador helénista que, trás de un pseudónimo griego, evoca su patria ideal. Con la potencia de Flaubert reconstruye un pueblo etrusco, durante Vespasiano, en que las leyendas simbólicas, ritos sagrados y recuerdos artísticos, se conservan como en tiempo de los Rasenas. Los Dioses

griegos de filiación oriental transformados por un pueblo tan pronto sombrío como el indostán, tan pronto lujurioso como el fenicio, asoman su faz mitológica en páginas de un lenguaje familiarmente divino. Y los naturales de la región, los Lares y Penates, viejos ídolos de figura extraña y obscena catadura, con lineamientos egipcios, viven también en esta hermosa novela.

Es un libro admirable. El Arte tiene un altar, la Belleza se ofrece límpida. El periodo heroico de Atica luminosa se eterniza en los vasos etruscos; la burguesa dominación latina se estrella en esas aldeas de la Campania donde hay días griegos, noches griegas, fiestas griegas y costumbres tradicionales.

Desde que el lector toma el libro siente correr en las frases una emoción ligera que ondula ora triste, ora gozosa, ora sentimental, sin desvanecerse nunca. Una delicada poesía se estremece en el follage deslumbrador de las palabras. Dulces evocaciones, suaves matices, coloraciones ténues se suceden y entrelazan como una guirnalda sin fin. Y la emoción blandamente graduada, sube de intensidad. Las magníficas descripciones en cuyo seno se transparenta la poesía interrumpen la narración sin disminuir su interés. Y se llega al fin sin jadeos ni fatigas, con un deslumbramiento de antigüedad artística en el fondo de la mirada.

Pero los idilios que se leen con una sonrisa se desenlazan en lagrimas. La violencia sagrada de pueblos teofílicos manifiéstase al fin en la cólera salvaje de su brutalidad religiosa. La deidad inflexible no ablanda su rigor divino y el sacrificio expiatorio, inevitable, se consuma infamemente sobre las víctimas del amor.

Diana, Artemisa, Selene!—¡Qué invocación conmovedora la del viejo Tarao, el fiel etrusco que termina renegando de sus dioses crueles y confía su cuerpo al río en un suicidio melancólico, sin luchas, con la infinita desesperación del que no perpetuará su raza!

Y luego el suplicio, la mutilación vengadora en los cuerpos de dos jóvenes que se amaron y mueren lentamente sin ojos, sin lengua, sin órganos genitales.

Dehva, la niña adorable de alma infantil, de cuerpo infantil, turbada en sus sueños por la Siringa del bello siciliano; Flavia, la mujer extraña, esclava que es ama, fuerte en su belleza de Afrodita y su imperio de Mnerfa; Tarao el viejo pintor, artista soberano; y, Dionisio el flautista de Siracusa, que ama dos mujeres, que ama á la belleza

con la misma intensidad que el anciano alfarero; todos cuatro, figuras de luz destacadas del fondo etrusco, parecen la animada historia de una urna de Etruria: es el asunto helénico admirable esculpido sobre la arcilla cocida, blanda á la inspiración de los artistas.

La calidad de esta nota bibliográfica impide el serio análisis que la obra requiere y merece. De entre tantos libros que nos vienen del exterior precedidos de una fama á bajo precio, este es, indudablemente, uno de los mejores. El arqueólogo, el historiador y el poeta deben leerlo. En cuanto al novelista debe admirar su verdad, su psicología y el soplo poderoso que anima á sus figuras. El crítico... calla.

ANTONIO MONTEAVARO.

LETRAS ITALIANAS

Mentre il secolo muore, por Scipio Sighele—Remo Sandrou, Palermo, 1899.

Con motivo de la edición de *Studi e Ricordi*, me escribió, últimamente, Guillermo Ferrero, «que tenía el firme propósito de no publicar en libros sus artículos y estudios sueltos, sinó trabajos de mayor importancia y aliento». Parecióme que Ferrero estaba en lo justo. Pero ahora que recibo y leo *Mentre il secolo muore*, de Sighele, modifico por completo mi opinión.

En 370 páginas ha reunido el autor, algunos de sus estudios publicados en revistas italianas y extranjeras, dividiéndolos en tres grupos, que tratan, respectivamente, de sugestión y psicología colectiva, de las formas modernamente más peligrosas del delito, y de problemas siempre actuales é interesantes, de arte y de política.

La psicología del silencio, es el tema que desarrolla en el primer capítulo, con fino ingenio y agudo espíritu de observación, analizando las modalidades y la significación del silencio individual y colectivo; en la *Fisiología del éxito* estudia la génesis de las diferencias entre el juicio del público difuso y de la multitud compacta; *La sugestión en el arte* tiende á demostrar que la creación artística suele ser producto del *io* inconsciente; fundándose en que los hechos más dudosos son algunas veces

los que han sido observados por un mayor número de personas, el autor llega hasta preguntarse si *La historia es creíble?*; en un estudio en que se presentan las observaciones de otros autores, se explica de qué manera se produce en las histéricas *La curación por medio de la fé*. Cierra esta primera parte un estudio, brillante, sobre *La opinión pública*, en el cual se demuestra que el público no es más que una transformación de la multitud realizada lentamente por el progreso y la civilización y que la opinión pública contemporánea no es solamente la opinión del público—como ha sostenido Tarde—ni solamente la opinión de la multitud—como ántes afirmaron Le Bon y Sighele—sinó una combinación de ambos factores pues, en la actualidad, las multitudes y los públicos existen y ejercen su influencia contemporáneamente. Y así como el «meneur» es un producto de la multitud que ejerce sobre ella una fuerte influencia, el «periodista» es el meneur del público é influye y coopera á la formación y modificación de la opinión pública; pero el periodismo no es siempre un oficio ejercido de buena fé, y como su influencia sobre la opinión puede en muchos casos ser perniciosa y nefasta, la opinión necesita una garantía moral de la sinceridad de los que escriben: esta garantía la dá en parte la firma del autor al pie de cada artículo, y no puede darla ninguna restricción ó coacción legal.

Niños mártires es una página de elevado sentimiento en pró de la infancia, á la que sigue un discreto estudio de observación psicológica de la delincuencia infantil, titulado *Niños salvages*. Una preciosa síntesis crítica del notable libro de Lombroso y Laschi, *El delito político*, pone en evidencia su génesis histórica y social, la clasificación de los delinquentes de esta categoría en comparación con los delinquentes comunes, y propone los medios de terapéutica social más apropiados para hacerlo, progresivamente, menos posible.

En la parte tercera figura un estudio ingenioso de *Los franceses en el teatro*, en el cual se nota cierta galofobia imperdonable en un hombre de ciencia de la talla de Sighele; un juicio crítico, notable, sobre *París*, de Emile Zola, y dos más sobre *Max Nordau y sus últimos libros*, en los que se analizan las ideas sostenidas en «Degenerescense» sobre los artistas contemporáneos y la teoría sostenida sobre el Genio y sus similares expuestas en «*Psycho-physiologie du génie e du talent*». Siguen tres artículos sobre *La política de los literatos*, *La cultura de los hombres políticos* y las *Virtudes antiguas y Virtudes modernas*.

En síntesis, es un libro muy interesante, en que se discuten muchos de los problemas que preocupan á los estudiosos «mientras el siglo muere», como sugestivamente dice el título. Escrito, más que con corrección, con arte, se hace leer con agrado, al mismo tiempo que enseña.

Siendo así, no es posible sinó felicitarse toda vez que se reúnen en libro estudios y artículos sueltos, que de otra manera se perderían para la mayoría de los que estudian.

La Delinquenza Bancaria nella sociologia criminale, nella storia e nel diritto, por Rodolfo Laschi-Fratelli Bocca, Torino, 1899.

Esta forma de delincuencia, que ha sido siempre propia de las clases medias, ha alcanzado un desarrollo extraordinario, durante el actual desenvolvimiento del capitalismo, siendo uno de los tristes privilegios de la burguesía contemporánea. Y era fatal, por eso, que la ciencia positiva le dedicara estudios especiales, por intermedio de uno de sus más inteligentes cultores, Rodolfo Laschi.

En el primer capítulo, el autor estudia los diversos factores de la delincuencia bancaria: civilización, raza, clases sociales, parlamentarismo, justicia, leyes, moral, influencia personal, contagio, causas económicas y criminalidad, con buen acopio de datos y observaciones; en el segundo capítulo, analiza la delincuencia bancaria en la colectividad y en la historia, no sin dejar grandes lagunas, que con un trabajo más paciente de investigación, habrían podido ser colmados con facilidad.

Esboza, luego, el tipo del estafador y del tipo intermedio entre éste y el verdadero delincuente bancario; este último sería, según Laschi, un *criminaloide*, en quien las condiciones ambientes habrán vencido fácilmente su escasa resistencia moral al delito. Sus caracteres antropológicos son escasos; las alteraciones del sentido moral, la afectividad, la prodigalidad, la genialidad, la hiperestesia sensorial y sensitiva, no bastarían por sí solos para caracterizar un tipo de delincuencia. Creo que este es el *locus minoris resistentiae* del libro de Laschi.

Interesante y curioso el estudio de la delincuencia bancaria en el arte, á través de las producciones de Shakespeare, Lemâitre, Balzac, Zola, Rovetta, Ibsen; así también el estudio sobre el delito bancario en la legislación.

Los remedios y profilaxia moral que el autor propone—leyes contra el agio, sobre las bolsas, reglamentación bancaria, política económica, reforma y moralización del parlamento, de la burocracia, de la magis-

tratura, etc.,—son muy buenos, sin duda, pero insuficientes unos é irrealizables otros.

La delincuencia bancaria contemporánea—en mi entender— no podrá desaparecer sinó con una reforma de la presente organización económica capitalista, reforma *ab innis fundamentis*; ella no es más que una resultante de esa organización y no es con líricas moralizaciones como se la podrá combatir y extirpar, sinó combatiendo y extirpando la causa.

Precede el libro un espléndido prefacio del profesor Enrique Mosselli.

L'Adulterio, por Guillermo Gambarotta — Fratelli Bocca, Torino, 1898.

Después de una interesante—aunque algo confusa—disertación sobre la justicia, combinada con análisis del criterio positivo de la moral y del derecho, trata de establecer una fórmula de la *justicia* que tenga por base una igual libertad de todos que permita la consecución de una mayor utilidad colectiva mediante el libre desenvolvimiento de la selección natural, y que según el autor sería: «la utilidad colectiva teniendo por límite una necesaria é igual libertad para cada individuo». De esa fórmula dedúcese que el derecho individual será el que señale un límite al derecho social; un límite inviolable; que deberá salvaguardar una estrecha serie de derechos que el autor—siguiendo huellas ya trazadas—llama «derechos necesarios», y que son derechos naturales, fundados en las necesidades biológicas y fisiológicas del ser humano.

Eran las ideas generales que sostiene el autor en la 1ª parte de su obra.

La génesis de la fidelidad conyugal y del adulterio está dilucidada con erudición y competencia en el primer capítulo del libro; lo mismo puede decirse del adulterio en las diversas razas humanas, para cuyo estudio el autor utiliza las observaciones y datos recogidos por Letourneau, Spencer, Cantú, Lombroso, Ferrero y otros.

Estudiando el adulterio en la evolución del Derecho se observa, que el adulterio es considerado como un robo, pues la mujer es una *res*, una cosa del marido, lo que vendría á probar una vez más la estrecha vinculación entre el ambiente económico y el jurídico-moral, evidenciando que á un determinado estado de la evolución económica corresponde el estado correspondiente de la evolución jurídica.

En el pasado, los falsos criterios de moral y justicia y la situación económica inferior de la mujer, han originado la concesión unilateral del adulterio, que lo ha consagrado como un delito gravísimo en la mujer y como una falta leve en el hombre. En las presentes legislaciones el castigo de la mujer adúltera, aunque menos grave que en épocas pasadas, lo es mucho más que el del hombre adúltero. «Evolucionada la civilización é impuesta cierta reciprocidad de derechos entre el hombre y la mujer, al adulterio que ofende el hombre se hizo corresponder un adulterio que ofende la mujer; pero hemos notado cuántas circunstancias agravantes se requieren, en la culpa masculina; de manera que la tal reciprocidad de derechos es por lo general una pura ilusión».

Haciendo filosofía al propósito el autor, fundáse en que el amor es uno de los fundamentales «derechos necesarios», igual en el hombre y en la mujer. Cuando entre dos cónyuges desaparece el vínculo afectivo que debe unirlos, se impone la separación de ellos para conservar íntegro el derecho al amor; si no se permite la separación, hay violación del amor, y por consiguiente violación á «un derecho necesario». De allí la necesidad de una amplia ley de divorcio que debe tener por fundamento una absoluta igualdad jurídica de los cónyuges. El adulterio, del hombre ó de la mujer, debe ser juzgado con un solo y único criterio.

Con estas conclusiones del autor no se puede ménos que estar plenamente concordes; son conclusiones científicas que responden perfectamente á las necesidades de la civilización. *L'Adulterio* es un trabajo que quedará siempre como una de las buenas columnas del «feminismo científico»; trata uno de los problemas más árdulos y discutidos y por eso, jurídicamente, es una página brillante del derecho positivo que revela cuán arraigado está en su autor el espíritu nuevo que regenerará todas las instituciones sociales: la familia como la propiedad, la moral como la educación.

Il Misticismo Moderno, por E. Troilor.—Fratelli Bocca, Torino, 1899.

Este es, sin duda, uno de los libros más interesantes entre los muchos escritos con el propósito de descifrar el estado de ánimo de la humanidad civilizada al declinar nuestro siglo y de analizar ese gran fenómeno que muchos constatan y pocos comprenden: el misticismo contemporáneo.

El autor comienza por sentar los fundamentos de la génesis y desa

rollo de la idea de «evolución humana», para estudiar enseguida las causas de la dinámica humana, demostrando que no es en el sentimiento religioso, ni en las causas económicas, en donde debe buscarse el agente propulsor del desenvolvimiento evolutivo de la humanidad, sino en los factores psicológicos. Demuestra además que ese desenvolvimiento presenta transiciones y regresiones, cuyo carácter morboso pone en evidencia.

Sentadas esas premisas, demuestra que la teoría de Nordau sobre el misticismo, es unilateral é insuficiente — pues no siempre puede explicarse el misticismo por defecto de la atención ó por la simple anomalía de excitación nerviosa. El autor sostiene que el misticismo es un producto del presente momento histórico en que se opera una gran transformación social, que, como todas las evoluciones—según el principio de Haeckel—incluye cierta involución, y esta involución, ó represión, ó dubitación histórica en el sendero del progreso, asume hoy la forma de misticismo. El misticismo no es preludio del porvenir sino eco del pasado que se extingue. No aurora, sino crepúsculo.

Demostrada la verdad de esa teoría—que puede considerarse como la más acertada de las expuestas hasta hoy—el autor demuestra y estudia el misticismo en el arte, en la ciencia, en la filosofía, en la vida, con riqueza de datos y de curiosas é inteligentes observaciones.

Las causas del misticismo, fenómeno morboso moderno, se encuentran en el estado degenerativo presente: y este estado tiene por principales causas determinantes: *La reacción al pensamiento positivo*, á cuya formación concurren tanto las condiciones económicas y morales como las condiciones de la cultura y de la educación contemporáneas, y el *atavismo*.

En conclusión, el neo-misticismo es una resultante de las presentes condiciones del ambiente histórico-social, que pasa por un período crítico de evolución, y no puede tener trascendencia en el porvenir, pues su misma génesis demuestra que debe ser, por fuerza, transitorio. El autor revela un justo y generoso optimismo al respecto del porvenir de la humanidad.

En este libro podrían estudiar, con provecho, su propia psicología muchos de los espiritualistas, idealistas, simbolistas y sugestivistas contemporáneos.

JOSÉ INGENIEROS.

LETRAS BRASILERAS

EVOCACÕES, por Cruz e Souza—Tipografia Aldina, Río Janeiro

Cuando, tiempo ha, presenté á los hombres de letras de nuestra América española, la extraña personalidad intelectual del poeta de los *Broqueis*, muy lejos estaba de pensar que mis palabras adelantaban, en breve lapso, su elogio fúnebre. Fué en una carta á *La Nación*. Hablaba yo de Cruz y Souza: «Me dicen que es joven, que es arisco, que es negro...»

El poeta murió en la flor de la juventud. Sus amigos han reunido en un volúmen, notas suyas dispersas, inéditas ó no, sugestivas, luminosas, sinceras, dolorosas y hondas como una vieja melancolía atávica: *Evocações*... Cruz y Souza reflejó en esos breves poemas en prosa, todo el fondo sombrío y desolado de su grande alma herida.

Y hay en esos poemas mirajes vagos é intensidades desconocidas. El poeta negro ha apoyado su cabeza en el regazo del Dolor, y el Dolor ha constelado su frente, extrañamente, luminosamente.

Turba y fatiga como una obsesión. Sube con él el pensamiento por una escala llameante y sonora, donde inauditas voces hablan de tristezas supremas. Cada una de sus palabras parece una nota aislada, arrancada caprichosamente de un instrumento nuevo. Y esas notas se unen muchas veces, en una armonía solamente ideal. Espanto serán de académicos esa lengua y ese estilo.

BRAZÕES, por B. Lopes—Fauchón y C.^a, Río Janeiro.

Lopes es un delicado y encantador poeta, que vive en el fondo de un cuadro de Watteau.

Un ambiente suave y aristocrático, envuelve sus versos, armoniosos y tranquilos. Habla de amor á sus *lady*s y á sus duquesas, un poco *precieuses*, en términos caballerescos.

Brazões se abre con un pórtico hecho de saudades. El poeta sueña tristemente con la dulzura de las cosas idas. Vi en este pórtico dos ó tres de los versos más hermosos que conozco en lengua portuguesa:

Globos talhados em jasmim cheiroso
Enchendo o ninho quente dos decotes . .

En verdad, sus caballeros con el halcón en el puño; sus reinas, apoyadas en el brazo de pajes blondos, parecen, en veces, salir de entre bastidores.

El poeta adora el *flirt* mundano; los *boudoirs* misteriosos y perfumados; las fiestas galantes; los hombros blancos y desnudos, y las pequeñas manos enguantadas.

Pero traza también leves cuadros de una simplicidad deliciosa. Es suave y amable, y poeta siempre, bajo el balcón de Verona.

RICARDO JAIMES FREIRE.

(Petrópolis)

ECOS

Publicamos en otro lugar cuatro trabajos que han sido enviados especialmente para EL MERCURIO DE AMÉRICA. Nos referimos á la colaboración de Clemente Palma y Octavio Espinosa, del Perú, de Francisco García Cisneros, de Cuba, hoy en New York y del doctor Gambarotta, de Italia.

En el próximo número insertaremos algunos otros trabajos, que no han ido en este, por falta de espacio.

Y hacemos constar una vez por todas que la colaboración, fuera de Buenos Aires, que aparezca en las páginas de esta revista es absolutamente inédita.

MERCURIO.

PUBLICACIONES RECIENTES

La "Librería Europea" de Arnaldo Moen, ha recibido las novedades siguientes:

Hugues Rebell, La Nichina—Prosper Castanier, La Fleur de Cythere—René Maizeroy, La Chair en joie, Le Cœur en peine—J. H. Rosny, L'Aiguillé d'Or—Armand Dubarry, Les Femmes Eunuques—Gyp, Les Cayennes de Río—André Lebon, Cent ans d'Histoire intérieure 1789 1895—Ernest La Jeunesse, L'inimitable—Paul Mathiex, Le Frisson de la Chair—Jean Aicard, L'Ame d'un Enfant—Mme. Martellet nee A. Colin, Dix ans chez Alfred de Musset—Pierre Louys, Une volupté nouvelle—Gyp, L'entrevue—Ferdinand Bac, La Comédie Feminine—Henry Houssaye, 1815, Waterloo—Pierre de Lano,

L'Ame du Juge—B. Perez Galdos, Luchana—J. Jackson Veyan, ¡Allá vá eso!—José M. Matheu, Carmela Rediviva—E. Pardo Bazán, Cuentos sacro-profanos—C. de Fernan Nuñez, Vida de Carlos III, 2 ts.—Colonel Fix, Souvenirs d'un Officier d'Etat Mayor—Jules Claretie, La Vie á Paris, 1898.

La "Librería Brédahl," Rivadavia 615, ha recibido los libros siguientes: Dubarry, Les Femmes Eunuques—Maizeroy, La chair en joie, Le cœur en peine ed illustrée—Maupassant, La Maison Tellier, nouvelle édition illustrée—Hugues Rebell, La Nichina, édition illustrée—Gyp, Les Cayennes de Río—Demolins, A quoi tient la superiorité des anglosaxons—Rostand, Cyrano de Bergerac—Perez Galdós, Luchana Gómez Carrillo, Del amor, del dolor y del vicio—Hoyos Sainz, Técnica antropológica y antropología física—Emilia Pardo Bazán, Cuentos sacro-profanos.

MERCURIO.

NUEVA ANTOLOGIA

La mas importante revista italiana de Ciencias, Letras, Política y Bellas Artes—Año 33

Aparece en Roma el 1º y el 16 de cada mes. Cada número consta de 200 páginas—Director: Maggiorino Ferraris, (diputado al parlamento).

«La Nueva Antología» es la más antigua y la más importante Revista italiana. «La Antología» publica en cada número novelas inéditas.

Precios de suscripción: Francia y Union Postal—Por año 46 francos—Por semestre 23 francos.

Se suscribe en todas las principales librerías de América y en la administración de EL ERCVR.O.
ROMA, VIA SAN VITALE. 7—ROMA

«MERCURE DE FRANCE»

15 Rue de L'Echaudé Paris

Parait tous le mois en livraisons de 320 pages, et forme dans l'anne 4 volumes in 8º avec tables.

ALFRED VALLETE, *Directeur*

Prix du num : France 2 fr Etr 2 fr. 50
Abonnement

	FRANCE		ETRANGER
Un an	20 fs.	Un an	24 fs.
Six mois	11 »	Six mois	13 »
Trois mois	6 »	Trois mois	7 »

«L'ERMITAGE»

Revue mensuelle illustrée d'Art et de Littérature. Directeur: Edouard Ducoté, 8, rue Juliette-Lamber, redaction et administration: Jacques des Gachons, 18 rue de l'Odeon, á Paris. Un an: 8 francs.

L'HUMANITÉ NOUVELLE

REVUE INTERNATIONALE

SCIENCE, LETTRES ET ARTS

Parait mensuellement en un volume in 8º d'au moins 128 pages

Direction: A. Hamon, 3, Boulevard Berthier, Batignolles B. 54—Paris

Souscription: Etranger
un an, 15 francos

«LA REVUE BLANCHE»

BI-MENSUELLE

DIRECTEUR:

ALEXANDRE NATANSON

UN AN. SIX MOIS

France..... 20 frs. 11 frs.
Etranger.. 25 » 13 »

1, Rue Lffitte - Paris

LA REVUE DE PARIS

PARAIT LE 15 ET LE 1^{ER} DE CHAQUE MOIS

La Revue de Paris est dans sa sixième année; sous la direction de M. M. Ernest Lavisse, de l'Académie française, et Louis Ganderax, elle recupe une place particuliere au premier rang des revues françaises et étrangères.

Prix de l'abonnement:
Etranger (union postale) un an. 60 francos; six mois 30 francos; trois mois 15 francos.

PARIS

85 BIS, FAUBOURG SAINT-HONORÉ, 85 BIS

LA RIVISTA MODERNA DI CULTURA

La «Rivista» se publica in fascioli mensili di almeno 112 pagine, con copertina.

Condizione di abbonamento:

Estero, anno Liras 15

Direzione e amministrazione:

FIRENZE

Via Enrico Poggi, núm. 11

«L'ART DECORATIF»

Revue internationale mensuelle d'Art industriel et de Décoration

Parait depuis Octobre 1898

20 fr. par an; 10 fr. par semestre; 2 fr. le numero.

37, Rue Pergolése, Paris.

EL MERCURIO DE AMERICA

34 — CALLE FLORIDA — 34, BUENOS AIRES

Aparece todos los meses en cuadernos de 80 páginas y forma en el año 2 volúmenes gran in 8°, con índices.

Director : EUGENIO DIAZ ROMERO

**Novelas, Cuentos, Poemas líricos y dramáticos,
Teatros, Música, Estudios críticos,
Traducciones y Revistas.**

El material será inédito.

NOTAS DEL MES

Cosas (actualidad) Leopoldo Lugones
Filosofía: Carlos Baires.
Sociología: Eduardo de Ezcurra.
Psicología: Francisco de Veyga.
Historia: Ernesto Quesada.
Arqueología: Juan B. Ambrosetti.
Ocultismo y Esoterismo: G. Maya.
Las Revistas: Eugenio Díaz Romero.
Música: Alberto Williams.
Notas Artísticas: E. S.

Letras Americanas: Luis Berisso.
Letras Francesas: Aníbal Montevardo.
Letras Italianas: José Ingegnieros.
Letras Brasileñas: Ricardo Jaime Freyre.
Letras Españolas: José E. Rodó.
Letras Alemanas: M. Nirenstein.
Ecos: Mercurio.
Bibliografías: Mercurio.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN, adelantada

Buenos Aires

Interior

UN AÑO 12 \$ UN AÑO 24 \$

PRECIO DEL NÚMERO

Buenos Aires 1 \$ 20 cts. | Interior 1 \$ 50 cts.

EXTERIOR

Un año: 7 pesos, oro.

Para avisos y suscripciones dirigirse a la Administración
de EL MERCURIO DE AMÉRICA — Florida 34 y a las
principales librerías

